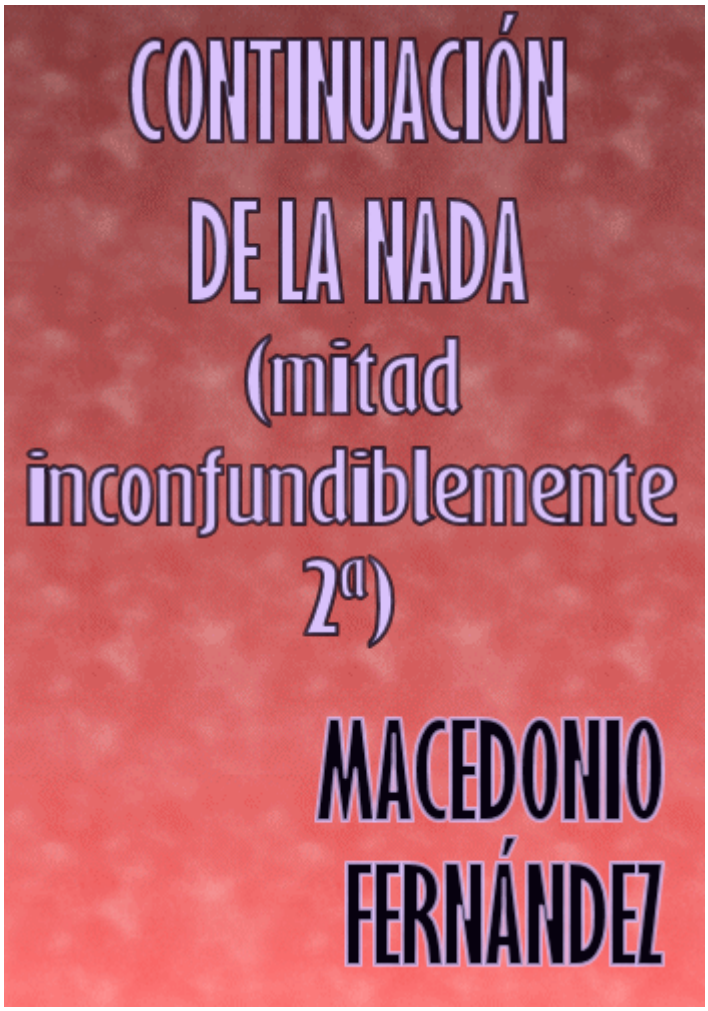
LIBRO dot.com

CONTINUACION DE LA NADA
(MITAD INCONFUNDIBLEMENTE 2ª)

Macedonio Fernández



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

(Atenuante)

Todo sobre, e incluida, la Nada; solo de la Nada pero no toda; de la nada hay más; algunos de sus entomos, pues son muchos.

Una reflexión que se me ocurrió con el retardo usual en los temperamentos activísimos que se alaban en todas las biografías, es la de que el inverificable lector de "Papeles de Recienvenido" quizá no se decidió a creer hasta hoy que ese libro era el principio de la Nada. Para que no vacile más, me pareció un deber caracterizar mi nuevo trabajo como de continuación de ella. Ya no esperará más aquel lector para exclamar: "¡Bien me lo parecía, aquello era el Comienzo de la Nada!". Ahora los lectores de Recienvenido comprenderán que la Nada y su Ayudante han empezado. Y hasta sabrán que es continuable.

La nada por imperativo de su concepto es tan opuesta de lo grosero del realismo que ofrece la dificultad, luchando con la cual me verá el lector actual si llega a lector siguiente o posprefacial, de que quien la trabaja tiene muchos momentos en que no sólo no sabe si está escribiendo la segunda o la primera parte, sino aun de si ha acertado con la nada, y si certeramente es de ella que está tratando. Y eso que quien con ella mucho trato tenga le notará hasta insolencia en su catadura Existencial.

Un presentimiento de este arte noble de la nada por la palabra hay ya en todas las obras inconclusas -cartas no contestadas, discursos, sinfonías, estatuas truncas-de las cuales un inexperto o grosero en lo artístico lamentaría que por una adversidad o catástrofe no hayan seguido; yo las encuentro que tocan a lo artístico, precisamente en lo que les falta, que son como especies de comienzos del no empezar, de llegar por lo menos a lo de entrada inacabable, o sea al noble cultivo de la nada.

Amo y cultivo la nada insolemne, no me refiero a lanada voluminosa en páginas de tanto discurso y "memorias". Sería deplorable que el lector se extraviara en lo existente cuando yo le prometo como único arte pasearlo en las espesuras de la nada.

Comience, pues, la nada y no con poco bulto; como ocupa lugar, sólo lo que quepa de ella en este libro tendrá el lector. Pero no la piense concluida.

Debo aclarar, autobiográficamente, en estas notas con la nada perseguida, que mi afición al lleno de los vacíos se me manifestó de entero *desde joven.* Cuando ya lo era, hice una frase atrozmente literata como ésta: "Ido el Sol, el mundo se llena de su ausencia"; después en crónica literaria esta otra: "Este libro viene a llenar un gran vacío, con otro". Me ocurrió, en fin, para llenar algo, pues no duraba vacío conmigo, integrar un terceto sumándome a un dúo. Helo aquí: Un amigo había escrito un libro de título "Hacia la Vida intensa"; años más tarde, otro amigo encantador publicaba a su vez "Hacia la Nada", satisfaciendo una íntima preocupación de su temperamento negador de las posesiones de la vida. Queriendo integrar con ellos un terceto armonioso, llegó a ocurrírseme por fin proyectar mi libro "Hacia la Nada intensa", que nunca se publicó. (De paso señalaré un vacío: el bibliográfico de un libro que falta sobre las industrias del vacío.)

Viniendo a mi libro, querido lector, espero que reconoceréis que también es de los que tiene el mérito de llenar un vacío con otro, como todos los libros. Viene a colmar ese gran vacío que han cubierto todas las solemnidades escritas, habladas, versificadas, desde miles de años, tanto vacío que no se entiende cómo ha podido caber en el mundo. Con la diferencia de que el vacío que llena con otro mi libro es su verdadero asunto. Hay que descomponer la última de las cinco parejas inmortales: Sócrates y Platón, Plauto y Terencio, Cástor y Pólux, Héctor y Paris, Solemnidad y Esterilidad; cuando lo serio va con lo solemne, es que lo serio no va: lo mío no va solemne porque no es estéril: por fin tendréis la Nada.

He anunciado, pues, que en "Papeles del Recienvenido" dejé anticipada con positivo volumen a la Nada, en su primera mitad, como espero que haya sido unánimemente conocido por los entendidos. Consagración tan pronta y aguda me hizo ya "autor comprendido" con solo principiar. Es serio que yo dé la mitad con final, la segunda, bien diversificada parte, aunque sea una lástima que la Nada se concluya. Pero ¿siempre ha de aumentar?

I . A FOTOGRAFIARSE

Autobiografía

Pose N° 1

El Universo o Realidad y yo nacimos en 1° de junio de 1874 y es sencillo añadir que ambos nacimientos ocurrieron cerca de aquí y en una ciudad de Buenos Aires. Hay un mundo para todo nacer, y el no nacer no tiene nada de personal, es meramente no haber mundo. Nacer y no hallarlo es imposible; no se ha visto a ningún yo que naciendo se encontrara sin mundo, por lo que creo que la Realidad que hay la traemos nosotros y no quedaría nada de ella si efectivamente muriéramos, como temen algunos.

En vano diga la historia, en volúmenes inmensos, sobre el mucho haber mundo antes de ese 1° de junio; sus tomos bobalicones es lo único que yo conozco (no sus hechos), pero los conocí después de nacer, como todo lo demás. Lo que me podría convencer sería el Arte, más gracioso y verdadero: un preludio de Rachmaninoff, una mirada creada por Goya, pero no es tan crédulo el arte, no abre la boca ante los cortejos de pompas fúnebres, como la historia.

Nací, otros lo habrán efectuado también, pero en sus detalles es proeza. Lo tenía olvidado, pero lo sigo aprovechando a este hecho sin examinarlo, pues no le hallaba influencia más que sobre la edad. Mas las oportunidades que ahora suelen ofrecerse de presentar mi biografía (en la forma más embustera de arte que se conoce, como autobiografía, sólo las Historias son más adulteradas) háceme advertir lo injusto que he sido con un hecho tan literario como resulta la natividad. (El dato de la fecha de ésta se me ha pedido tanto y con una sonrisa tan juguetona, que tuve la ilusión de que ello significaba que era posible una fecha mejor de nacimiento mío y se me alentaba a elegirla y pedirla, que se me habría de conseguir. Por si acaso, aunque no han progresado ni declarándose estas cortesías, dejo dicho que me gustaría haber nacido en 1900.)

Como no hallo nada sobresaliente que contar de mi vida, no me queda más que esto de los nacimientos, pues ahora me ocurre otro: comienzo a ser autor. De la Abogacía me he mudado; estoy recién entrado a la Literatura[1] y como ninguno de la clientela mía judicial se vino conmigo, no tengo el primer lector todavía. De manera que cualquier persona puede tener hoy la suerte, que la posteridad le reconocerá, de llegar a ser el primer lector de un cierto escritor. Es lo único que me alegra cuando pienso la fortuna que correrá mi **libro:** "No toda es vigilia la de los ojos abiertos". No se olvide: soy el único literato existente de quien se puede ser el primer lector. Pero además mi libro, y es más inusitado esto todavía,

[1] ¡Muchas gracias!, dijo la Abogacía; ¡Nadie me asuste!, dijo la Literatura; ¡Conmovedor!, dijo la todo es lo mismo Impasibilidad.

es la única cosa que en Buenos Aires puede encontrarse aun no inaugurada por el Presidente. Se están imprimiendo todos los certificados de primer lector mío que se calcula serán necesarios. Y para retener al libro el segundo precioso mérito que lo adorna, el Editor ha puesto vigilancia en todos los caminos por donde pueda acercarse una Inauguración Presidencial infortunada.

("Gaceta del Sur", 1928)

Autobiografía de encargo

Pose n° 2

Soy argentino, desde hace mucho tiempo: padres, abuelos, bisabuelos; antes España por todos lados. Creo que desciendo de uno de los mayores o más grandes --qué feo y obligatorio modo de calificaciónpintores españoles, del cual heredé y he acrecentado una incapacidad completa para el dibujo, vista poderosa, pupilas de un inútil color azul, pues veo el mundo bajo los mismos colores que lo ven los de ojos negros y el agua es incolora para mí como para ellos, de modo que el que se tomó el trabajo de pintarme las pupilas -debe haber sido Dios-no previó, por esta vez, que yo sería torpe para utilizar adornos; o quizá estoy mirando por debajo de las pupilas como quien se levanta los anteojos a la frente; si esto me sucede sin saberlo no es extraño, pues recién a los cuarenta años he sabido que duermo del lado derecho. ¿De qué lado duerme usted, lector? Usted me contestará: -Antes dormía de espaldas, pero ahora... . -¿Cómo "ahora"? ¿Ya se duerme usted en mi primer página? Déjeme hablar... -¡Cómo "déjeme hablar"; ya quiere usted ser autor! Y bien, sinceramente, somos dos descontentos de lo que estamos: yo escribiendo, usted leyendo, y de buena gana nos intercambiaríamos.

Soy un convencido de que jamás lograré escribir. Ahí está ese gran pensador que se me hizo odioso desde que quiso encerrarme en el duodécimo paréntesis de su primera página; salté el palito final cuando ya lo estaba parando él y me juré no leer. Pero no leer es algo así como un mutismo pasivo, escribir es el verdadero modo de no leer y de vengarse de haber leído tanto.

Tengo profesión liberal; soy bastante pobre. Si dijera "estoy pobre", el lector creería que le iba a pedir algo; es la verdadera frase pues mi mala situación no es accidental. Esto lo explicaré después, recuérdenmelo.

Soy flaco y más bien feo. En cuanto a mi salud, ni un boticario hijo de médico y casado con partera la tiene peor. Tengo un lote de enfermedades, pero creo que con una me bastará al fin. No las combato porque no sé cuál es la que necesitaré mi último día, día que espero será muy concurrido y en el cual todo el mundo descubrirá, con un talento que siempre disimularon, que yo era buena persona (como lo proclamaba en vano.)

Por el momento no tengo más que cincuenta años, lo que no es mucho, si se tiene en cuenta mi primera fecha. Contando los que viviré todavía algunos me dan sesenta; descontando lo dormido con los ojos abiertos (he leído tanto, se hace tanta política en mi país, hay tantos vegetalistas, moralistas, salvacionistas, tantas estatuas de hombres abnegados, tantas hondas y agudas sentencias jurídicas con "acopio de doctrina" acerca de si los pasadores de las ventanas debe reponerlos el propietario o el locatario, tantos mártires de la obra pedagógica, tantos centenarios de hombres ilustres a causa de que cada uno de ellos tuvo su respectivo nacimiento, fecha que se soporta cada año por impulsión aniversaria, tantos conferencistas y concertistas, tantos discursos de "piedra fundamental" de inauguración), me atengo, por contradecirlos, a cuarenta.

Mi altura no es mala; depende del uso. Por debajo empieza al mismo tiempo con la de Firpo; por arriba deja suficiente espacio hasta el cielo, pero es muy mala para erguirme bajo un postigo de ventana aunque un momento antes me ha servido bien para atarme los botines. Parece increíble que todavía se usen los botines donde no alcanzan los brazos.

Supongan ustedes que yo nací, desde chiquito, en una casa de modistas y supongan también que en aquel tiempo, como hoy, había cosas, no todas, que se hacían aprueba, se daban aprobar; y que en tal casa había una salita ahondada de espejos para probar las clientas los nuevos vestidos. (Creo que un índice científico del grado de felicidad de una época y comunidad es el mayor número de cosas que se acostumbra "dar a probar" y no sé si hoy, me parece que sí, son más que las que disfrutábase en mi juventud.)

En aquel tiempo, puesto el vestido, la persona se veía un poco menos que antes; ahora ese menos verse la persona ha aumentado, menos menos; casi el vestido no tiene nada que ver con esto de cubrirse, con la ventaja ¡increíble! de que se ve la persona y el vestido. (Alguna vez estudiaré cómo el desnudo se reduce a ser modestamente un escote totalitario simultáneo o la suma de todos los escotes sucesivos inocentes posibles a una sola persona.)

Hasta la edad de seis años, yo entraba y salía (hoy no hubiera salido) de la salita de pruebas y ninguna de las clientas me veía, veía que yo andaba viendo. Todo fue descubrirse en casa que yo había cumplido los seis años (yo no creía que se le conociera a nadie en la cara; ¿cómo se sabe?) para prohibírseme la entrada bajo pretexto de que yo antes veía y ahora miraba. Pero saqué de ello el provecho de una gran inclinación por las matemáticas en punto a curvas y ángulos.

A los siete años ya aprendí a venirme abajo de un balcón y llorar en seguida; el golpe no me desconcertaba; no me acongojaba antes de llegar al suelo cuando todavía no tenía utilidad el llorar ya.

Fue demasiado grave para un principiante: caí diez metros seguidos, orientado en perfecta vertical y sin ***entretenerme*** nada en el trayecto como siempre se me ha recomendado en los "mandados": todo lo hice sin ayuda. 10 metros para piernas de 7 años es mucho siendo uno solo el que se cae y además los matemáticos no lo aprueban ni quieren creerlo por la desproporción de metro por año. Tan grave fue que no es seguro que yo exista después de ella y de tiempo en tiempo los diarios anuncian mi defunción porque algún cronista ha oído en conversación que hace cuarenta años me tomé de la baranda de la vertical durante diez metros continuos.

(El suelo, que está dondequiera que un porrazo se completa y que, buen compañero, no falta a nadie en la caída, es la altura nunca menospreciada de un aviador de piso, como yo. Esos navegantes del aire que se lanzan afanosos a lo alto como si se propusieran volver a fumar el humo del cigarrillo exhalado momentos antes, harían algo análogo a lo que recientemente me aconteció a mí cuando caminando con un amigo tropecé, mientras le hablaba, tan violentamente hacia adelante, que alcancé las palabras que acababa de pronunciar: me oía mí mismo y tuve oportunidad de corregir un cierto gran disparate comenzado en ellas.) Ejecuté tan bien el venirse abajo que se me atribuyó vocación especial y en el barrio cuando algún chico por descuido pudo caerse, viéndole todos al borde de un balcón vacilando, corrían a mi casa a buscarme para que yo tomara por él el encargo de la caída. Mis chichones sobresalían no sólo en el cuerpo sino en el barrio; aun entre tumefacciones, ya dé por sí relevantes, las mías sobresalían y en chichonería comparada era yo persona de fama.

Mi norma, en fin, era: empezar con caídas la maestría de equitación, pero, de caballos chicos.

Como escribo bajo la depresiva inseguridad de existir, basta por hoy de una literatura quizá póstuma; soy más prudente que Mark Twain, el otro solo caso[2].

Biografía de mi retrato en "Papeles de Recienvenido"

Pose n° 3

Cuando miré aquel retrato largamente y fui convencido de que aquella cara tan decidida, perfilada y alegrona era la mía, tuve el acierto de hacer publicar en los diarios una circular previniendo que yo no era el que se había sacado la lotería en la jugada de esa semana, porque comprendí sensatamente que mi retrato de "Papeles de Recienvenido" - y ese retrato es lo único que se ha leído- era " la cara del hombre de la lotería recién sacada". Con todo, tuve que mudarme de domicilio -lo que con menos motivo ejecuto más o menos mensualmente- y se insistió ante mí para donaciones filantrópicas, etcétera.

Después de ese exitoso retrato he trabajado quince años en parecérmele, que tal es la dificultad; creo que esta tarea logra menos resultado feliz que la del fotógrafo en hacer buena una cara fielmente fotografiada. Y en lugar de servirme para algo la experiencia, resulta que cada año me sorprende más torpe en el parecido.

Lo añadible aquí, siguiendo el eco del título de este libro y para que no se me acostumbre el lector a leer corto, sería que:

Así como tan lozana imagen de una fisonomía otra me constriñó al plan de mostrarme lo menos posible en persona para que siguiera vigente y aprovechado al sumo el retrato, así debí luego recluirme del todo para que no se me conociera el carácter luego de unas páginas del Poeta Máximo que es a mi juicio Ramón Gómez de la Serna favoreciéndome con un elogio grandísimo de mi carácter e inteligencia.

A aquella fotografía y esta biografía se debe mi constante estar a domicilio. (Pues el haber dejado las llaves en el otro pantalón es para cuando uno se queda afuera de la casa[3].) Y las fotografías fieles a otra cara no hacen infiel a sí misma a la nuestra.

Adiós, lector, no te acompaño a la puerta porque ¿quién va a salir a la calle para desmentir retratos y biografías propios?

Biografía por correo

Pose N° 4

Me parece que es un hecho de la vida, o sea un hecho biográfico, un suceso que permite decir del biografiado: "Entre sus *actos personales* hubo el hecho de recibir una carta por correo, sin ningún preanuncio y de una persona que de diez años atrás no veía y de quien nunca se imaginó haber llamado la atención, una carta toda ella empleada bajo estampilla de correo en biografiarlo, con una gracia, agudeza y calor de estimación gratísimos".

[2] Un mérito excelso en Twain es que fuera tan jovial a pesar del terrible infortunio en que vivió todos sus'años después de la edad de ocho, cuando, bañándose con su hermano mellizo y en extremo parecido, ahogóse uno de los dos sin que nunca haya podido saberse cuál.

[3] Noto que aquí el lector clama por un descanso. La Nada lo ahoga.

La epistolar biografía la hago conocer de mi lector actual para que se diga de mí, tenga o no otros méritos: "Era hombre de hechos -que biográficamente son actos-como el de recibir cartas amenísimas, cartas con una total y amenísima `biografía por correo', espontáneamente, de persona que sin trato durante diez años simuló haberse olvidado de olvidarlo, o disimuló haberse acordado de olvidarlo"[4].

Carta cerrada a Macedonio Fernández

Quiero decirle a Macedonio Fernández algo que él ya sabe. Quiero decírselo, no porque lo sepa él, sino porque es un secreto: un secreto entre los dos. Hasta hoy no había leído ninguna de sus obras. Me refiero a sus obras escritas. Pronto, he de decir por qué lo he hecho hoy.

Macedonio Fernández es grande. No tiene perspectiva. Porque es aún más grande desde lejos. Allá, en su cuarto de la calle Guido, abrigado por tres o cuatro chaquetas de punto bajo el sobretodo, envueltos la cabeza y el cuello en una bufanda gris de la que se escapaban unos lacios mechones blancos, me rodeaba, sin saberlo, de una suave atmósfera de calor y de intensidad de la que antes gozaba yo sin saberlo y de la que ahora sufro por saberlo.

Hacia las personas que más he querido, siempre sentí cariño por arrebatos, por oleadas. Hasta con meses de intervalo. Con años, quizá. Pero yo no quiero ofender a Macedonio Fernández. El sabe.

Tango del pensar. Cigarrillos del pensar. Cuarto desnudo del pensar. Desorden del pensar. Rasgueo del pensar. Luis Alberto Sánchez se equivoca: a Macedonio Fernández nunca lo oí puntear. El from from de su guitarra me acompaña a veces, como su calor.

Porque he tocado la guitarra de Macedonio Fernández. Solía prestármela, no sé si de buena gana. El no sé no quiere decir que no me importara. S ignifica que yo carecía de tacto. Pero él me laentregaba con una sonrisa. Como si supiera que e esa guitarra no servía para tocar. No creo que fuera la guitarra de un abogado. Era la guitarra del pensar.

De un lado de la pared, su cuarto, denso del humo de mil marcas de cigarrillos, de ideas y de sentires. Del otro, la pieza en que yo, con tanto afán como inconsciencia, me empeñaba en no malograr mis fracasos.

Macedonio Fernández no nació desnudo. Para mí que nació desollado. Por eso se abriga tanto. Yo, en cambio, nací curtido. Las horas me han desollado el alma.

Me alegro de no haberlo visto ante terceros, y me reventó haberlo encontrado en la calle. Ahora me gustaría estar con él aunque fuera en un café. De esperar esa oportunidad ya me han salido ampollas en mi esperanza.

Pero de él no me ha quedado ninguna imagen. Apenas una dedicatoria a lápiz en un tango de cuyo título es autor. Claro está, Tango del Pensar[5].

Ese tango nunca aparece cuando quiero encontrar a Macedonio Fernández. Pero tropiezo con él siempre que, apurado, estoy buscando alguna cuenta impaga. Dije que de Macedonio Fernández no me queda imagen alguna. Apenas el Geist de los cuentos de

[4] O: "Disimuló haberse ovlidado de olvidarlo, o simuló haberse acordado de olvidarlo". Arrégleselas, lector, entienda; pierda un kilo aquí; no le hará mal, no le pese, que, siguiendo, pronto pesaremos lo mismo.
[5] Tango del Pensar, título de M. F., música de Abel Rufino. La niña vestida

Grimm. Y hoy salí resuelto a conseguir sus libros. Solo di con dos: los Papeles y Una novela que comienza. Los demás estaban agotados. Le tomé rabia a Luis Aberto Sánchez. Fue por lo del punteo de la guitarra. Y porque se olvidó de los postres que se aburrían, sobre sus encajes de papel, tirados por los cuatro rincones de la pieza. Y de la hermosa niña vestida de rojo que salió al balcón una tarde en que, a fuerza de no saber mirar hacia adentro, me asomé a la ventana. Y de otras cosas más.

No voy a seguir esta carta. Ya se me pasó el impulso, y a Macedonio Fernández no quiero servirle refritos. Pero quiero verlo. Quiero que me conteste esta carta largo y tendido. No sé con qué derecho lo pretendo. Ni a título de qué. No voy a disfrazar tampoco el quiero, con sus ropas de trabajo, de deseo, mal vestido de etiqueta.

PEDRO DE OLAZABAL

Pose n° 5, para "Sur"[6]

Nací porteño y en un año muy 1874. No entonces enseguida, pero sí apenas después, ya empecé a ser citado por Jorge Luis Borges, con tan poca timidez de encomios que por el terrible riesgo a que se expuso con esta vehemencia comencé a ser yo el autor de lo mejor que él había producido. Fui un talento de facto, por arrollamiento, por usurpación de la obra de él. Qué injusticia, querido Jorge Luis, poeta del "Truco", de "El general Quiroga va al muere en coche", verdadero maestro de aquella hora.

Así como la Psicología es la ciencia de todo lo que se ignora del alma, mi primer libro acerca de la Vigilia y el Ensueño (No *toda es vigilia la de losojos abiertos)* no contuvo de sabido sino cuáles y cuántas eran mis preguntas. En compensación créome hoy en posesión de todas las respuestas. Pero esto no hará más buscado mi libro de preguntas. *Papeles deRecienveido* fueron regalados todos, pero a juzgar por la gran aceptación que tuvieron es seguro que se pudo también venderlos. Contenían todos mis numerosos brindis que sumados así en una sola dosis ocasionaron atribuírseme un simpático plan de liberación arreglado a la inspiración de la terapéutica de las dosis "macizas", de boga hace unos años, que matan o dejan sanar.

Naturalmente, los descritos éxitos no necesitaron más que un lapso de 30 años de historia de silencio para que renaciera el impulso de escribir otros libros: el tomo de *Una novela que comienza, y,* de pronto, antes de que se retire el público que suele ser muy confiado en los grandes anuncios de Ultima Función, los sobrevinientes: Continuación *de la Nada, Eterna y Dulce-Persona* (primera novela buena) y *Adriana Buenos Aires* (última novela mala), que anunque se venderán juntas y por un solo precio, clasificadas de gemelas, no serán la Doble Novela que según mi doctrina novelística constituye o contiene el único procedimiento por el cual puede realizarse plenamente con la novela la Belarte Conciencial digna de la ulteriorizada conciencia contemporánea.

Debo al lector aclarar la insinuación de la Doble Novela. Mi plan, que quizá nunca realizaré, era hacer la novela de lo que les pasa a dos o tres personas que se reúnen habitualmente a leer otra novela, de tal manera que estas personas que leen la novela se vivifiquen intensamente en la impresión del lector en contraposición con las personas protagonistas de la novela leída. Así que los protagonistas de la "novela de leyentes" parecen seres vivientes, por la constante figura debilitada de las actitudes de los protagonistas de la "novela leída". Y nótese que lo que espero de esta constante contraposición paralela, en la mente del lector viviente que tengo en usted, al surtir el efecto simultáneo de la atenuación de

[6] La publicación en "Sur" del cuento "Cirugía psíquica de extirpación" (1941) apareció precedida de esta nota autobiográfica.

Librodot

las figuras o fantasmas de la novela leída por el relieve que asumen los protagonistas de la novela de leyentes, es que el lector, usted, viviente, dude por instantes de ser un existente que lee, y se estremezca de creerse por instantes sin más ser que el de personaje leído. Por supuesto que a los personajes de la novela de leyentes les ocurre al par su propia novela, con variedad de sucesos y caracteres, en los intervalos de las apacibles reuniones para leer la otra novela.

Mi opinión, que quizá no será compartida, es que la novela que se ha usado (y que yo practicaré previamente en la "última novela mala": *Adriana Buenos Aires),* la de alucinación, o sea de hacer participar al lector en las alegrías y penas de personaje, es irremediablemente pueril; que sólo será artística una novela que se proponga -y obtenga más o menos intensamente- el supremo resultado de una conmoción total de la conciencia, conmoción que será la más plena apertura hacia el total enigma metafísico. (En algunas publicaciones he presentado este tema provisionalmente; espero presentar una exposción completada).[7]

En cambio de todo esto, pude prometer un silencio de firme. ¿Pero qué vanidad de autor imagina sin horror el escape de liberación, la entera fe con que el público muestra que se atiene a ello?

En fin, complemento biográfico: experiencia hasta casi los 70 años: nunca admití dinero por colaboraciones o libros míos, porque no puedo escribir bajo compromiso. Cuando algo tengo escrito soy yo que pido me

lo publiquen. Y de todos modos mis lectores caben en un colectivo y se bajan en la primera esquina.

II . CONTINUACION DE LA NADA

La nada de un viaje de Colón

En otro escrito tropezamos con la nada de un segundo viaje de Colón; una "Continuación de la Nada" debió apoderarse ansiosamente de un tópico tan digno de ella y cumplirle una minuciosa descripción. Para acreditar que lo intenté, aunque débilmente, hago un breve capítulo de repetición de chiste mental, pero no por él mismo sino por ejemplificar con él la manera como cumple el chiste su única definición: ser por un instante el absurdo creído, la nada intelectualista.

La estricta claridad, lo que la genuina inteligencia decide, es que no hay ni "ser" ni "no-ser", pero si se insiste, ha de reconocerse que si el ser es, también el no-ser es, y si el ser es de infinita variedad también debe ser de infinita variedad la nada. Un mérito que tendrá quizá este libro es la ejemplificación de la variedad de la Nada.

Colón se encontraba en Italia cuando nació. Aunque esto le ocurrió a Colón, como a todos los hombres, en un día y año, la fecha exacta no la tenemos hoy: se habrá echado a perder por no haber sido guardada en un lugar seco y frío; lo cierto es que hoy hombres poderosos o ricos o de celebridad no disponen de esa fecha que los más humildes de Génova la supieron de memoria instantes después. Sólo hay de cierto que el hecho ocurrió en uno de los días de su primer año de existencia y que el día de su nacimiento fue tan exacto como el mejor del año en exactitud. Es una fantasía incomprensible, una teoría a la que nada de tonto le falta, sostener que nació en un día inexacto como alegar que nació en varios lugares: dos o tres de España y uno de Italia, además del de nacimiento. No hay discreción en rodear de estas tinieblas alas fechas y lugares de los recienvenidos de talento.

[7] Para quien se interese en teoría de la novela: `Teorías" y "Museo de la novela de la Eterna"

Lo cierto fue que el asombro de verse nacido en Génova y tan Cristóbal Colón ya, no le duró tres minutos; desde la cama descubrió continentes en el dormitorio y luego en la cocina los fue descubriendo mayores: a los tres años se hartó de conocer una variedad de humeantes y relucientes receptáculos. Con estas oportunidades sabrosas fueron los contenidos lo que le azuzó a descubrir a América.

Es absolutamente éste el número de los viajes de Colón: dos que hizo y uno que no hizo y que viene a ser el segundo; no se ha encontrado en ningún paraje un cuarto viaje de aquél y el millonario más fuerte no creo que consiguiera adquirirlo auténtico. Las peripecias del segundo viaje han sido juntadas por el historiador Samuel, quien a la conclusión de su relato explica el modo particular como no se hizo, exactamente cual los diarios contemporáneos nos dan en dos telegramas las atrocidades de un terremoto y a renglón seguido nos enteran de que no tuvo lugar, fue suspendido o circunscripto por los bomberos; cada víctima retiró su cadáver, y los escombros que habían sido preparados fueron reservados en los depósitos municipales de gallardetes: parece además que estos escombros habían sido adquiridos por el Estado en una negociación poco limpia y no hubieran dado ningún resultado. Las víctimas han quedado contratadas, pues se aproxima la conmemoración nacional.

En fin, quizá si el segundo viaje ha existido, se ha embutido en el primero por la celeridad con que se sucedieron. De todas suertes, no se puede tomaren serio la ciencia de los historiadores; os hablarán del tercer viaje tan cuidadosamente como si se tratara de un viaje anunciado (de horario que uno pudiera utilizar), ni más ni menos que sí acabarais de preguntarles qué comodidades ofrecía ese viaje para aprovecharlo con la familia. Del mismo modo un astrónomo, si le preguntáis por donde más o menos sale el Sol, os dará tan precisos metros y rumbos como si supusiera que se lo preguntáis con urgencia porque tenéis que partir mañana para allí: tanta erudición disgusta a los que sabemos que la astronomía ignora todavía cuál es en el Sol la vereda de la sombra, la "vereda urgente", allí, en esa gran cabeza de fósforo siempre en estado de recién raspado.

Discurro, sin embargo, que tras descubrimientos tan difíciles como los de los modernos exploradores, no sería imposible que se hiciera el tan esperado y deseado de hallar en alguna parte el segundo viaje de Colón; el primero y el tercero, es de todos sabido que se produjeron: el segundo en cambio fue tan rápido y a oscuras que quizá no tuvo lugar; si este viaje se hubiera perdido, tendríamos el caso de un viaje que naufraga y si nunca fue efectuado debieran moderarse los historiadores y limitarse a registrar que Colón hizo un primer y un tercer viaje manteniéndose sin viajar en el intervalo, ocupado en fundar un colegio y un puente como todos los que vuelven de América.

El neceser de escruchante

El maniquí que pasaba el día en la mercería y todas las noches era asesinado en la mansarda de un hampón en el mismo edificio, hurtado sigilosamente para ejercicios de asesinato y devuelto cada vez, cobró vida de tanto morir. Pareció preocupado una mañana: yo sé que lo que más le cosquilleaba era el instante de sentirse, nuevamente, a oscuras en la tienda, tomado de la cintura y el aliento del homicida.

Las cosquillas, su función y sensación son el mayor, más caprichoso misterio de lo viviente; ¿no podrían *empezar la vida?* Luego, dejando despavorido al mercero y más a una sensible clienta que pedía en esos momentos rebaja por la inquietante (así lo sentía ella) corbata del maniquí que su delicada mano palpaba, removióse y partió perdiéndose en la muchedumbre del Centro. (¿Debió quedarse cortésmente al tacto de la dama; no empezar la vida?; ahora se verá.) Y se dirigió directamente a casa de Conan Doyle. Había nacido máximo pesquisante; ahorcó a éste por mal novelista policial y rectamente fue luego hacia la tumba de Poe sobre la que escribió: "Estás vengado Edgardo Poe".

Esto era urgente. ¿Y la dama? Ustedes juzguen. Aquí es donde un cuento verídico no sigue; hay buen y mal modo de no seguir un cuento.

("Papeles de Buenos Aires", 1943)

Ejemplo de una literatura de circunstancias,
de quien escribe y viaja en el tren que perdió

Si es cierto lo que repetidamente los diarios de Morón, sobresaltados de noticias, informan a todos los que en el mundo se duermen por saberlo, que el conocido escritor oral Macedonio o Marcelino Rodríguez o Fernández, inconfundible notoriedad de la literatura contemporánea cuya celebridad crece día a día y no tardará, pues todavía no se sabe lo conocido que es, en llegar al público, ha resuelto por equivocación balnearia y estival trasladarse en junio a Morón, aprovechándose tanto de lo marítimo de Morón como de lo estival de junio, y con un paraguas lluvioso y un sobretodo grueso de baño ha venido en mayo para no empezar perdiendo trenes como los que dejan todo para el último instante y se apuran a hablar del tren perdido, lo que no carece por cierto de modalidad aristocrática: perder, un tren es un esfuerzo al que no todos se resuelven, y envanece y es una especie de puntualidad: para los conversadores del tren perdido sería suprema satisfacción llegar cuando se ha ido hasta la Estación quedándose únicamente en el lugar el gran Horario que impide confundir al tren siguiente con el tren perdido, el gran Horario, encuadrado, que nos dice para cada tren el minuto trascendental, único que sigue a su partida y en el que el viajero exquisito puede ya hablar de un tren perdido sin temor de que dicho tren esté allí todavía y se vea públicamente comprometido a alcanzarle después de haberlo lamentado por muerto.

Tal vez se ha alejado para lograr el olvido de las decepciones que ha experimentado imaginándose que hasta los ómnibus en Buenos Aires se detendrían para admirar su popularidad literaria, y ha buscado un paraje donde no conozcan que es un desconocido cualquiera.

Si es cierto, repito...

(Cerrado el artículo por ampliaciones.)

Un paciente en disminución

El señor Ga había sido tan asiduo, dócil y prolongado paciente del doctor Terapéutica que ahora yaera sólo un pie. Extirpados sucesivamente los dientes, las amígdalas, el estómago, un riñón, un pulmón, el bazo, el colon, ahora llegabael valet del señor Ga a llamara¡ doctor Terapéutica para que atendiera el pie del señor Ga, que lo mandaba llamar.

El doctor Terapéutica examinó detenidamente el pie y "meneando con grave modo" la cabeza resolvió: "Hay demasiado pie, con razón se siente mal: le trazaré el corte necesario, a un cirujano".

Versión genérica en palabras de la verbalización
correspondiente al estado de
"espera en la esquina" de lo que no llegó

Cuando el Diablo estaba haciéndoles lados del revés a las cosas; desconcertando la concordancia entre los ojales de la camisa y los del puño a colocar; enseñándoles a los techos

a lloverse y al llavero a quedarse en el pantalón que uno se cambió; dando uñas a las suegras sin yerno; creando la permanente gota de lluvia del baño qué cae en nuestro cuello cuando nos inclinamos sobre la bañadera para lavar las manos; haciendo que los trompos no quieran bailar sino delante de nosotros de modo que cuando al lanzarlos se enreda el hilo en la púa del trompo nos da en la frente; haciendo enredos incontables con el hilo desovillado para el barrilete, con el cordón de la línea de pescar y la lana de tejer; poniendo el sol bajo y de frente a los que se dedican a la pesca; editando esos diarios de ochenta páginas esgrimiendo los cuales con gran bulla, enarbolándole las hojas, no encontramos dos que se sigan y detrás de ellos la familia no nos encuentra para llamarnos a almorzar; inventando los guantes y los laderos de la cama que no sirven más que para su lado; ese grillo que se entra en la pieza y cuyo gotero de canto nos olvidamos cerrar al acostarnos, y esa canilla que quedó abierta y parece que el agua no cesará de extenderse en toda la casa; esa cabeza de fósforo que estalló entre nuestra uña y nuestra yema; la corbata que no corre dentro del cuello doblado mientras nuestra novia ha llegado y está sola con nuestro primo en el vestíbulo; esa algazara de gatos en el techo que no nos deja oír una trifulca de perros en la vereda; la llave que se quedó entrampada en la cerradura; el chico ahijado que viene a visitarnos cuando no había quedado en la casa más que la joven mucama; los dos sobres listos con dirección puesta para las cartas que metemos en el sobre que no es.

Cuando el Diablo hizo llegar al otro lado los agujeros de mantel...

Cuando el Diablo...

Autobiografía no se sabe de quién

Por M. F.

0: Autobiografía de un desconocido hasta el punto de no saberse si es él[8]

Y el único que tuvo tal recato, la exquisitez nueva y última sensibilidad de no ser sabido, aun en los instantes de su mayor popularidad, que él aprovechó para ocultarse, como lo hará ahora en esta autobiografía, en la que se ha refugiado para conservarse incógnito. Popularidad que ha quedado también sin saberse, y que marca y descubre a tantos de quienes lo que se celebraba era ignorarlos.

Y tan personal, hasta el extremo de no encontrársele un parecido de detalle con ningún otro. Hecho el catálogo de personas de las cuales nada se sabe, y que no pasan de ocho o diez, no se encuentra en la lista una que se asemeje ni siquiera en el "aire de desconocido", que tanto dice y hace reconocerlo.

Debo al lector la explicación de cómo llegué a la instauración del género de la "autobiografía escrita porotro". Antes, en mi hoja de méritos de esta vívida literatura, había realizado, entre otras, una biografía de Xul

Solar, y, a pedido, una "Autobiografía del Hombre", o sea lo que dirá y dijo siempre toda biografía individuada.

Como dichos escritos permanecen inéditos, podría ahora... He aquí la "Biografía de Xul Solar":

[8] Estas nuevas noticias relativas al Desconocido que en libro anterior ya conseguimos hacerlo más ignorado de como era en su natural, son adiciones parciales casi ociosas al infinito de su desconocibilidad, que no se prestará nunca, en su dignidad, a la vulgar completez de datos de las Biografías.

-Ahí está Recienvenido; siempre rabiando. ¡Qué bien! -oí decir a Xul, el imperturbable admirativo, que llegaba con alguien más. Era éste una señora que quería conocer al "hombre santo" (que era yo según Xul

Solar, que I lama "santo" a toda persona que está siempre en lo mismo, sea matando o salvando)."

Y he aquí la biografía (le la opacidad, descolore intranscendenciadel haber vivido, o "Biografía del Hombre", o médula de las biografías: "Se cansó de estar parado; se cansó de estar sentado; se cansó de estar acostado. Y dio por concluido el vivir."

Mas, a pesar de la brevedad e intensidad alcanzada en estas"vidas", yo persistía en depurar cl género, sobre todo el autobiográfico, yen seguir mis observaciones.

Por ejemplo, advertí que hay, además para que nadie quede sin publicidad, el modelo de biografía sacada en instantánea, por cualquier persona con quien tengamos un incidente injusto en la calle. Por poco

competente en improperios que ella sea, hará en dos minutos la nómina de nuestros defectos, reconociéndolos paladinamente uno tras otro, y al mismo tiempo que nos invitará desentonadamente a sustituirlos por las virtudes que a ella le adornan, hará cuanto esté en sus manos, y otras extremidades, para que el de los dos que necesite botica seamos nosotros. ¿Qué escritor puede en estilo tan de acto primo, tan sincero y acertador en sus páginas, biografiar como ese hombre en un momento de tanta actividad y vehemencia y en que le es tan urgente pintarnos de cuerpo entero, al mismo tiempo que nos lo aporrea? En una incidencia de éstas es donde el más modesto de nosotros tiene la alegría de saber cuánto se le conoce, en una ciudad donde creía vivir ignorado.

En fin, muchos libros aparecen con un retrato en la tapa; ¿esto indica que son los que tiene autor?; yo creía que las autobiografías eran los libros con autor y que uno mismo debe hacerlos por ser el mejor informado de

la propia persona, y son, por tanto, obras en que el autor es desde el principio al fin quien las escribe y esto para hablar solo de sí mismo, dos circunstancias poco atrayentes y sociales. Quien habla exclusivamente y siempre de sí mismo hace la inmodestia de las autobiografías; este aspecto poco atrayente es salvado totalmente en mi autobiografía mediante el recurso de haberla hecho de otra persona.

Esta es la explicación que os debía.

Aunque no afirmaríamos que falte quien ignore mejor a este autobiografiado (y si lo supiéramos le rendiríamos la pluma como al más autorizado), firmamos la presente autobiografía en razón de que ignorándose tanto de él toda persona puede ser su autobiografiado y tener la honrada inseguridad de, casualmente, no serlo; no podemos decir que seamos los más informados en ignorarlo y por ello los llamados a cuidar la conservación de la ignorancia acerca de él, difundiéndola en libros y alusiones.

Entre las frases sabias que de él ignoramos que haya dicho, y lo ignoramos de su propia boca confidencial, recordemos "que la parte que no se sabe de un hombre es lo que lo hace conocido", y también que "la popularidad y la autobiografía o la confesión biográfica son las dos oportunidades más logradas de ocultarse, al par de la `fiel' fotografía".

También ignoramos que solió decir que las biografías, autobiografías y entrevistas a hombres célebres son los novelones máximos y que deben manejarse al revés, como a los tercos vanidosos, mandándoles que hagan lo que no deseamos que hagan: todo lo que afirma de sí el autobiografiado es lo que no fue y quiso ser.

Procediendo así se saldrá siempre bien informado tras la lectura de memorias, confesiones, testamentos, diarios íntimos, vidas y declaraciones de grandes hombres entrevistados. Así, todas estas labores, o digamos: una autobiografía hábilmente consumada, os hace al propio tiempo desconocido y célebre. En verdad los autobiografiados quedan, pues, como los únicos desconocidos auténticos. Hoy la publicidad se ha hecho tan esencial a

todo, que la mera pasividad no nos gana concepto de desconocido; hay que tomarse las fatigas de una autobiografía.

Bajo estas normas, algún día podré decir:

Realicé la autobiografía del más experto y comprobado, y de mejor acabado, desconocido, de tan gran temperamento para no sabido que permitió crear a su respecto el único caso de ignorancia absoluta, científica digamos, acerca de alguien, y de tan varia y abundosa naturaleza que nunca fue posible concluir de ignorarlo, por abultado que fuera el acúmulo hecho de noticias faltantes de él.

Su gloria no se supo, y fue, en fin, el hombre que nadie lo supo, aunque tampoco sabemos si lo sabemos o lo ignoramos; quizás ya es demasiado saber acerca de él, pues su singularidad de indescubierto era tal que ni aun equivocaciones se podían mantener a su respecto acertadamente.

(Mi elección fue intencional, y previo recuento total en el mundo de no haber conocimiento alguno de él, interrogando a todas las personas de bastante edad, aptitudes y difusión para ignorar todos los puntos acerca suyo.)

Satisfice tanto, en fin, que salvo personas que hubieran salteado algunas páginas, o que salteándolas todas hubieran omitido corridamente el volumen, las demás terminaban la lectura admirando que un solo autor pudiera ignorar tanto de otra persona y, tras este éxito, vinieron muchos a encargarme sus autobiografías.

Pero no pudieron resignarse a que yo no les oyera dato alguno de los muchos que habían acumulado para guiara biógrafos. Sin el placer de dar datos de sí, que era lo primero a que había que renunciar en un tan estricto género biográfico como el mío, se retiraron desencantados.

Y sucedió también que personas que querían pasar en el mundo como hombres que no habían leído mi libro, fueron llevadas por la conversación hábil de algún incrédulo de ello, a exhibir tan completa ignorancia

en punto a mi desconocido absoluto, que dejaron comprender que sólo podían haberlo aprendido leyéndome.

Sólo algún crítico de aviesa intención hubo que me felicitó por el parecido con que había sacado a mi sujeto en aquellas páginas. Los fotógrafos de damas y los biógrafos de desconocidos estamos en contra de semejante congratulación y nos honramos con no granjeárnosla.

El cartero delicioso

Si yo fuera dictador, habría dos ejecuciones: una de ignominia y otra de gloria. La de ignominia para el (habrá sido un imperdonable burócrata) que inventó los Cincuentenarios. Este bárbaro que no pudo desperdiciar una fracción de siglo para dar pretexto a nombre de plazas y avenidas, estatuas y pensiones, es probablemente el genio más señalado, el hombre que ha conseguido una fracción más de fastidiamiento de la humanidad, que no parecía ya susceptible de aumento.

Y ordenaría una estatua para aquel prodigioso aliviador de la humanidad (de la humanidad inteligente, de la que no contesta cartas) que en contraposición ingenió quemar todas las cartas que cayeran en su poder y enterrarlas en el fondo de su casa, con lo que desde entonces hubo un aligeramiento de la carga de la vida para toda la generación privilegiada de ese tiempo, que pudo decir por unos veinte años: "pero ciertamente he contestado hace tiempo, en ese año en que el cartero Alvarez fue convicto de haber quemado varias decenas de miles de cartas".

El modo irreprochable de reunir recursos para esa estatua (desgraciadamente mi idea estimularía a esos almacenadores de vacío y suciedad y destructores de ojos que se llaman filatélicos), sería que el Director de Correos procediera a la emisión de una estampilla nueva con el retrato del benemérito Alvarez; la estampilla típicapara las cartas que no se mandan.

Y así con las cartas, y las Memorias de los Congresos y Diplomáticos y Actas y Diarios de Sesiones, se podrían rellenar muchos pantanos. (Advierto que siempre me ocupo de las estatuas ajenas y nunca de la propia. ¿A nadie se le ha ocurrido pensar que mi escritorio es el único paraje del mundo en que pueden hallarse páginas en blanco? Por este solo hecho meritísimo debería reservarse para mí la primera estatua que sobre. Pienso que desgraciadamente habrá que esperar mucho hasta que haya pedestal en blanco.)

Página involuntaria

Dos personas tan caracterizadas por la claridad y a quienes por ello debe suponérseles aseguradas contra confusiones, han sido claramente confundidas la una con la otra: Einstein y yo. Todo esto desde la época en que, inventando mi peine de un solo diente, empecé a usarlo conmigo mismo no encontrando quien quisiera ensayarlo y aunque precisamnte era yo por mi cabello abundante quien no lo necesitaba para nada, siendo su aplicación para hacerse raya los calvos, pues por su sencillez y poco bulto el acto de peinarse con él era poco llamativo aún para el mismo que lo empleaba, quien quedaba convencido, tras usarlo, de haber hecho algo de peinarse en su cabeza, sin preocuparse de si a uno y otro lado de la raya había algún cabello. Como Einstein no acostumbraba peinarse y yo lo hacía con mi peine de un solo diente, exclusivamente, dado que el uso de este peine mío deja las cosas en la cabeza como las encuentra (lo que es un *respetar* y se parece enteramente al sistema de la Instrucción Pública de dejar todo como antes), nos parecíamos de cabeza, con la diferencia de que él no usaba peine alguno pero usaba la cabeza, y yo usaba el piene de un solo diente pero no la otra cosa.

Afortunadamente la confusión que a pensadores tan claros no es gustosa aunque me es honrosa, va a cesar: los millonarios yanquis, a quienes ha visitado Einstein últimamente, se han cotizado para comprarle al sabio un peine completo y pagado del todo. Esos millonarios suponen que cuando Einstein piense con la cabeza peinada ellos podrán entender su conferencia: hasta ahora sólo las han aplaudido.

Y Einstein de nuevo inconfundible seguirá en su obra de confundir a todos.

Leccioncita de psicoestética

Anoche yo, a horas asaltadas y de madrugar (el acostarse) primer acto cotidiano del portarse bien, comenzador de toda virtud en casa, y virtud suficiente para justificar y dotar de un pedestal de explicación a todas las feas estatuas de feas personas que duelen a las plazas de todas las ciudades (sin enojarse puede uno decir que aborrezco a la Historia violadora de tumbas y degradadora del nacimiento individual terreno, porque hurga y molesta los destinos clausurados, bellamente clausurados por la muerte, y la limpidez del nacimiento, esa tan bellamente intacta hora de un aparente comienzo personal, nuestras dos horas de beldad, las perfectas Apariencias del comenzar y del cesar personal. Esta miserable Historia nos esquilma la magnífica dotación estética que no falta a nadie y a veces para muchos de nosotros es quizá la sola milicia de belleza de que fuimos capaces: nacer y morir, pues revuelve destinos que callaron para declararlos "causa" del vivir subsiguiente de los hombres injuriando a un tiempo la belleza de severidad de la ocultación irrevocable personal y la limpidez de nacer).

Como digo, Anoche -Yo...

La cosa cesa aquí, deliberadamente. Me he propuesto que el lector llegue a darse cuenta como yo mismo de que cuando alguien, un autor o un amigo, alguien que nos interesa, dice inicialmente o al correr de su escrito "Anoche yo", hace más arte en esas sólo dos palabras que el que obtendría con toda la continuación y serie verbal, relato o poema, en que resuene este "Anoche, yo". Nunca en todo su relato o construcción conseguiría una conmoción, habrá puesto tan cerca de sí al lector, como en este sonar evocado de un Anoche-Yo personal y díchole de tan cerca.

(Honestamente aseguro al lector que las refinadas conciencias artísticas de autores y oyentes de los humanos del futuro no tolerarán las construcciones, no usarán sino el Chiste sin contexto, la Metáfora sin contexto, la frase de la Pasión sin contexto. Y así las obras de la Prosa serán tan breves como las de la Música, que contienen una inmensidad poemática en una sola carilla: una Sonata completa se oyen en quince minutos y en ellos nos ha dicho y suscitado tanta sensibilidad conciencia) como una larga novela, de 300 páginas.)

El no-hacer

La mera omisión no es suficiente no-hacer; invención de una nueva dignidad: la omisión por Acto. El no-hacer-nada, o simplemente, el No-Hacer no es un género en el que se hayan hecho ya todos los progresos; véase en lo aquí narrado cómo podía enriquecerse todavía el noble género: Se titula el sensato cuento: "La Diosa Omisión" o "El taller del Ocio".

En aquella Estancia donde nadie hacía nada hubo un día en que los habitantes se alegraron al divisar que iba llegando lenta, descansadamente, una persona que no conocían. Los que llamaremos estancistas, tenían por momentos la incomodidad de dudar de si no faltaría todavía algo que dejar de hacer, que a lo mejor habían descuidado de omitir; y este desconocido de tranquilo andar, por su desgarbo y modos reposados, expresión personal de descontento y despreocupación, parecióles que, tenía todo el aire de ser un experto en el no-hacer y el no-suceder, que eran las cosas en que vivían colaborando los estancistas sin discrepancia, y también sin jactancia, pues ya digo que no estaban satisfechos del todo, sospechosos de hallarse, sin darse cuenta, omitiendo todavía alguna omisión.

S í, el desconocido calmoso debía traer un algo que se pueda no hacer, una ampliación del catálogo; en efecto, y no en efecto, es decir parcialmente en efecto, el desconocido no era tal genio del no-hacer y había tenido la fortuna de que, por casualidad -pues por investigación y trabajo nunca halló ni buscó nada-conoció en la ciudad el precioso vivir del burocratismo.

Explicó a los estancistas, una vez que se les hizo amigo y fue invitado a quedarse eternamente (aunque no fuera más que por no tener el trabajo de no quedarse) y a cooperar e identificarse con todo el no-hacer del Establecimiento, que había algo que añadir al puro no-hacer; éste era incompleto, carecía de su elegancia que fue siempre la belleza esencial de la Omisión, porque faltaba un ingrediente primario de la ociosidad que él descubrió en toda oficina del Estado, donde no sólo se le imparte al empleado nuevo en seguida la prohibición de hacer sino que se les hace firmar un horario de presencia en la oficina, y, para que su no hacer se vea, se le encarga confeccionar toda clase de *memorias e informes,* lo que no es trabajoso

porque consiste simplemente en arrancar páginas de cualquier novela y firmarlas. Además, el recién llegado, y el ya empezado a quedarse, añadió una extraordinaria información, a saber, la de que los desocupados de Puerto Nuevo, con abundantes razones, se habían quejado del exceso de horario previendo que, por el espíritu de contradicción, el Gobierno decretaría prestamente el aumento de aquél.

Así empezaron en la Estancia las memorias e informes de capataz, de proveedor, de cocinera, con otras tantas páginas de novela que quizá, bien encuadernadas en un solo tomo, constituirán la novela modelo de continuidad.

Esto era la autenticación del No-Hacer, que es toque les había faltado siempre.

El neceser de la ociosidad

Me gusta lo difícil; nada más difícil que el ocio; me gusta el ocio. Pero estoy despectivamente sospechado de trabajar, o al menos de ejecutar un ocio perezosamente ensayado. Hay que serlo y parecerlo; sólo se cree en el del rico, porque se ve su abrumador utilaje, el peso de su complicado y enrevesado palacio, donde el obtener un vaso de agua requiere el zapateo atropellado de cuatro escaleras, dos ascensores, tres campanillas triples, una airada reprimenda del mayordomo a tres mucamos y de la señora al mayordomo.

El desocupado se quejó de exceso de horario, pero antes lo había hecho el rico pensando en el obligado Mar del Plata, el viaje a Europa, los conferencistas, el tedio del largo abono al Colón, el hospedaje al príncipe, la confección de gauchos para la exhibición de la estancia, las menudas interminables "cuentas" del administrador.

Para que mi ocio sea creído, no viéndoseme en las fatigas del rico pues al pobre nadie se toma el trabajo de creerle su ocio-daré pronto un gran volumen que tiene ya nacido el Título (el mejor título, el esperado,

es decir el de prometer libro) y algo del cuerpo; tengo ya clientela hecha para mis promesas de obras, no sólo porque las cumplo con volver a prometerlas sino porque no las cumplo de otro modo y mi descansada clientela sólo en mí halló este descanso, y no se me va. Se estudiará en él: "El utilaje del desocupado", "El neceser del escruchante", "Dónde está y dónde no está el Ocio", "Dónde no ver trabajar", "El maniquí para homicidios", "La corbata del ahorcado".

Con estos datos ya se ve que puédese anunciar con confianza mis estudios; no fallará su incumplimiento.

Fantaseo en una sola frase

Gracias a la colaboración de variadísimos profesores de aritmética y filología que llamaban todas las mañanas a nuestra puerta con sus dobles canastas-bibliotecas de legumbres, frutas, géneros, jabones, peines, llegados a mi domicilio expresamente desde el fondo de Turquía, Calabria o Albania, para esmerar mi dominio de las matemáticas y del idioma castellano y que controvertían brillantemente con mis padres la pluralidad inacabable del tamaño de los dos metros o de los sonantes y olientes doble-ancho de la pieza de percal que intentaban sustituir por lonjitas de medioancha; hombres capaces en su pericia profesoral de acortar la docena, escurrir los anchos, desecar los litros, captar el precio reteniendo la mercadería y olvidar de memoria el vuelto, y esto bajo las dificultades de que nosotros no sabíamos nuestro idioma y ellos nos lo hacían de nuevo todo él; gracias a esa colaboración, digo, me liberté completamente del mentido lenguaje y de la fementida regularidad, rigidez y fijeza de las ilusorias unidades de largura, volumen, contenido y peso con que nos habían engatusado en el colegio los profesores nativos, y conocí la verdadera química del aceite puro de oliva que, asociado a agua, maní, algodón, girasol y lino venía hecho un verdadero puchero, y la del vino, de lluvia y zumo de aljibe.

Así he confesado al menudeo el sólido saber que hoy me asiste a la lucha por la vida. Y si hay que decir que ninguna de estas ambulancias de erudición fue llevada a la cátedra, también consta que el público ha premiado sus metros cortos, litros enjugados y delgados, casi lineales volúmenes, que restablecieron la verdad en mi espíritu, con casas, terrenos, estancias, créditos y depósitos.

Honradeces

El Viejo Ladrón Nocturno de Gallinas con sus extraordinarias destrezas a oscuras no deseaba ser conocido y murió oscuramente, mientras tantos menos hábiles nos desesperamos por figurar. Yo contaré sólo la emoción máxima y más significativa de su vida:

Hallóse cierta vez, como puede ocurrir a cualquiera, ante la Caja Fuerte Mayor o Central del Gran Banco y sabía que allí estaba amontonado todo lo ajeno, eso ajeno que era suyo. Conduciéndose con goda la (supuesta) gran psicología de un protagonista de Proust, sintió lo que en esa situación era el estado psicológico justo para esa situación. ¿Cuál fue y tenía que ser? El de no acordarse ni remotamente de que él era un profesional del hurto (de ajenidad), de que lo ajeno era su reino y posesión. El no sentía nada ante un monumental arcón, como tampoco sentía nada ante una gallina de él propia, criada por él. Y sobre todo no sentía nada, ningún hondo, certero, sagrado impulso de des-ajenizar una gallina "vista". A su impulso vocacional estaban tan asociadas justamente gallina y oscuridad, este robito humilde y no ostentoso, que de día era el hombre más ingenuamente honrado; quizá la gran Caja Fuerte hallada en la noche al tanteo hubiera turbado su honradez para con todo lo que no fuera gallina. Faltó hacer este experimento con él. Sólo queda de este extraordinario devoto de la honradez diurna y no gallinácea tan oscuramente olvidado (le faltó vanidad): la fidelidad ejemplar a una teoría precisa de la honradez. Los que en cambio cultivamos la teoría total de la Honradez a lo mejor no practicamos ninguna. En suma: la Oscuridad iluminó siempre su trabajo, y el Día su sueño sereno y en verdad candoroso.

En síntesis: la Gallina Dormida y su Descolgabilidad fueron su Pasión, su amor al oficio y su Metafísica.

Días actuales del que

con los anteriores envejeció

Primer coche de Humorismo Ford-modelo, 1943

La muerte natural (sin Violencia química, mecánica, infecciosa, de fatiga, de temperatura, hambre o sed, etc.) no es forzosa; y existe todavía porque nunca se ayudó del todo a un viejo.

En godo día hay tiempo para "ganarse un día siguiente" de existencia; un viejo ayudado del todo tiene siempre día siguiente y no pide más eternidad que eso.

Ante todo: ¿es inútil, impráctico, una Existencia entrecortada de Muertes y Resurrecciones, en lugar de una eternidad continuada biológica? ¿O es práctica la muerte porque es aplicación del principio de Ahorro

que da esta verdad: que a veces, muchas veces, construir de nuevo es más económico, más ahorrante que remendar lo muy deteriorado, lo de cien remiendos? Es previo este interrogante. La respuesta es: económicamente sí; sentimentalmente no.

El viejo descubre todos los días pequeñas verdades, soluciones prácticas y teóricas suficientes para asegurarse un "día siguiente" más, si se le ayuda plenamente en todas sus necesidades y circunstancias.

Conquista del Día Siguiente.

Desde el momento en que apareció el animal de Afectos, el Hombre, la muerte como resorte biológico de Ahorro no le era aplicable porque la muerte hace sufrir los Afectos, aunque sea práctico construir nuevo en lugar de remendar costosa y fastidiosamente.

Para la fuerza biológica es más barato dejar caer lo arruinado y construir lo nuevo. Así creo que doy por encontrada la explicación de la aparentemente insensata dispendiosidad de muerte individual reemplazada por nacimientos. La Vida tuvo razón en esto hasta que apareció el Hombre. Su aplicación al hombre parece ininteligente en la Vida. Es como para creer que el tratamiento médico excesivo tan fastuosamente gloriado, es el que ejerce sobre los organismos, innatamente sin muerte natural, la violencia necesaria para dar muerte al que se paladeaba la sospecha de un vivir natural eterno.

Porque si fue inteligente la Vida en renunciar al Remiendo, tan venerado por las dueñas de casa, por el Construir Nuevo y dejar caer lo viejo, debía esperarse que al aparecer lo humano con su trama de Afectos, cambiara de práctica con él dejando la muerte natural sólo para los animales.

Esto es lo que todo lector creerá que es humorismo[9], en vez de alegrarse con la noticia de que en adelante procederemos todos conforme a la certeza de que para lo humano no hay muerte natural, por el sencillo y moderadísimo método de dedicar parte de cada día a asegurarse un módico día siguiente.

(Chiste de propina)

No compraba "antigüedades" si no las veía hacer; lo que no le permitían; y envidiaba a los ricos de Fenicia o Egipto que las adquirían baratas y sin padecer, naturalmente, las dudas con que siempre salía de

sus compras de la progresista casa matriz de este comercio cuyos carteles decían jactanciosos "La Moderna, Antigüedades - Lo más moderno y progresado en Antigüedades".[10]

[9] Como es una lástima que lo dicho se tome a humorístico, voy a reforzar losfundamentos o preparativos de fundamento de la inmortalidad natural, aunque sea poco serio en un humorista ponerse científico.
Por ser un viviente de afectos -y sea bueno o malo el existir- siempre es un dolor menos (para sus afectos y para sí) que no haya muertes, porque viviendo eternamente, o casi, es probable que llegara a dominar por entero la relación con el cosmos, que es lo que da oportunidad a la muerte, así como un móvil jamás cesaría de marchar si no hubiera nada más que él por toda realidad material.
La supresión de la muerte natural es una ventaja para el ser viviente que posee Afectos, lo cual no dice que sea ventaja sobre todas las desventajas de la vida, sino que de los pocos beneficos sería uno más: el de llegar a dominar el mundo.
La justificación de esta soberbia iluminación científica es que al humorista incumbe no sólo poner las almas en risa sino ponerlas en esperanza; en ambas posturas se trata de la alegría.

[10] Chiste de propina pero no sin doctrina: aparece en un cuaderno esta observación emparentada que me pareció oportuno transcribir.
"Falsificar la antigüedad de cuadros y manuscritos es el más inocente de los engaños. ¿A quién puede importarle que unos pocos millonarios que no se interesan por lo bueno sino por lo antiguo y caro coleccionen inautenticidades?
Con la destrucción por tanta guerra reciente está llegando una gran época para la más moderna y adelantada confección de antigüedades: la segunda mitad de este siglo hará mucho dinero con esa industria que dice como ninguna cuán inocente es la autenticidad y el falsificarla y cuán inocente y casual es el enriquecerse".

III . DEL BOBO DE BUENOS AIRES

El Bobo

Buenos Aires ha tiempo que un Bobo, por lo menos, debiera tener. Aun si se encontrara otro, aunque no pareciera segundo bobo, Buenos Aires debiera atraérselo, aferrarlo a cualquier costo, procurar que él se interesara por ella.

Yo lo seré: lo he sido para mí, lo seré para mi Buenos Aires. Sé que el único riesgo que corro, el único fastidio, es esa menuda arrestación callejera que usan todas las policías de las grandes ciudades con el que mira mujeres: esa odiosa mano de pesquisa en nuestro hombro, el arresto estúpido y sorpresivo, obsequioso de toda incomodidad y humillaciones. Es cierto, por mirar a Buenos Aires, por contemplar su gracia civil, invitarla a otras, cuidarle las que posee, pensar de ella de tiempo en tiempo en lo mejor que esté pensando y preparando, los gramáticos, esos prósperos de la nada, accidentadores de Beldad, que corren adonde alguien ya parece que va a acertar belleza y dispersan la meditación, la creación, para salvar una *b* o una v, una sonoridad escasa, una repetición de palabras, un casticismo dudoso; los Gramáticos -a quienes los pueblos dieron idioma y una sintaxis hecha que está más cerca de la buena que la gramatical de la perfecta- me harán padecer arrestos y el temor de que éstos acierten con el máximun de importunidad, cuando esté yo por pensar o por decir lo mejor, cuando la fórmula o pensamiento que estábamos adelantando con noble fatiga, etc., etc., es decir que no será por predicar el amor libre, la supresión de la herencia, el ateísmo u otros prejuicios que sufriré ese arresto ni por ser genuino artista, sino por una *b* o una *v*. El Bobo de Buenos Aires coleccionará las "Oficiosidades del Candor" que descubra, por ejemplo: "-Señor, vea que se moja el paraguas"; o esta sencillez de virtud: "-Estoy esperando que alguna vez no todos los componentes del Jurado Municipal y del Nacional de premios a la producción literaria sean amigos míos, para presentarme al concurso".

O esta nueva Oficiosidad: "-Señor: vengo, sabedor de la manifestación de usted de no sospechar cómo se le ocurrió la feliz idea musical realizada en el exitoso tango "Siempre más", a expresarle que yo lo sé, de manera que tendré el placer de alegrarlo poniendo término a su duda, porque comprendo que un autor original no está cómodo mientras no consigue saber de dónde le vino o qué le estimuló, una concepción artística. Su tango, señor, está muy aproximadamente dado en la música norteamericana del film parlante "Abajo el Telón".

En fin, al Bobo de Buenos Aires se le ocurrirán estas ocurrencias sobre el golf. Uno que recién se estrena como espectador del golf chico: "-Maravilloso trabajo, larga labor. Lástima que al final, un trabajo perdido, absurdamente resulte que lo puesto en el pequeño hoyo no sea lo que podía fecundarlo: una semilla de esperanza y animación en un surco exangüe". Otro: "-¿Qué se hace para aliviar el trabajo matador de esos hombres que en los campos de golf, con un martillo torcido pegan a una pelota pequeña, inerte y lijosa para llevarla a un lejano agujero chico, sino hacerles comprender que con hacer una canaleta en declive y una pelota alisada éstaría sola al pocito desde el punto de partida?"

De la Correspondencia del Bobo

Señor Director del difundido diario:

Después de tanto como insistí en hacerme descubrir por usted, resulto retardado en primera carga. Es que he estado muy atareado. Primero anduve preocupado en advertir a muchas personas en la calle que se les estaba quemando tabaco en la punta del cigarrillo y causándoles mucho humo en la cara. Se sentían molestos y yo les expliqué por qué. Yo les decía: "¡Señor! Como soy el símbolo de todas las sociedades de amoral semejante, adepto a la Religión de Idolatría al Prójimo, le aviso que la punta de ese cigarrillo se le está quemando". Agradecieron mucho y confesaron que si no fuera por mi bobería habrían seguido su camino (que era el de llegar a tiempo). Hubo algunas altisonancias; los más de estos abrumados señores adoptaron el tono de saberlo todo, incluso dónde estaba yo estorbando en ese momento.

Como recientemente la persona con quien yo estaba empleado de secretario intelectual me dio combinación a la calle sin acordarme ese mínimo de espera que todo porteño respeta: el tiempo hasta el nuevo tango-término precioso de que hago reiterada mención, porque entre lo que los porteños están expuestos a perder y ansiosamente quisiera que no perdieran está la práctica de este magnánimo aplazamiento- no me hacían efecto las ingratitudes y hubiera seguido tenazmente, si no fuera que tuve otras atenciones y no hay que ser desatento con las atenciones. He aquí que en un tranvía acudí en socorro del culto viajero en momentos en que el guarda le quería obligar a comprarle ese trocito de literatura que sacan de una maquinita e imponen a cambio de 10 centavos. El guarda hizo lo que no se les ocurre a nuestros autores que se quejan de poca venta; consiguió un vigilante y sin convidarlo con nada obtuvo que opinara a favor de esa instrucción pública obligatoria. Tuve que decirle al agente: "Pero, señor, cómo le camina su reloj: apenas hace un minuto que me conoce y ya se toma la confianza de llevarme preso. Sentémonos y conversemos serenamente el asunto; ¿qué apuro tenemos? Es agradable razonar y todo se puede aclarar; si usted me convence seré el primero en darle la razón. Soy antidictatorial -como todos lo somos antes de ser dictadores- y en toda controversia que he tenido si se me ha convencido de que me había colocado en el mal lado del asunto lo he admitido".

Lo malo es que el público del tranvía lo había tomado para acercarse a otros puntos de la ciudad en que esperaba cada uno encontrarse mejor, y no le convino que continuara parado el vehículo a objeto de que la bella cuestión se deliberara. Mis partidarios entre los viajeros anearon zambra y amenazaron con romper los vidrios de las ventanillas (se ve que estaban en contra de la Compañía) si no me sacaban de allí. Tuve que aprender otra vez a caminar a pie, y por esta rara vez no puedo decir que me haya lucido. (Recuerdo, a propósito, que algunas veces en la Revista Oral ocurrían algazaras análogas, impaciencias del público, que parecía confundir nuestro sótano con un tranvía parado (como si los asistentes hubieran subido a él -hablo de subir a la altura intelectual de la Revista- para que los transportaran) por nuestra culpa y en el que hay derecho a amotinarse. De paso: el vigilante prometió ir a escucharme en la Revista Oral a ver si era como yo le invoqué, que allí era constante mi acierto al elegir lado en las discusiones.)

Del retardo que usted querrá disculparme tiene también la culpa la tarea que me sobrevino de felicitar por correo a todas las personas que han comprado las chapas escritas contra salteamientos. Como se sabe, estas chapas se fijan en la puerta o muro del frente y dicen: "Aquí vive Roberto César, hermano completo de Luis Angel Firpo"[11]; "Aquí vive el tío de Firpo"; "Aquí está día y noche el que no fue Firpo por retardo ocurrido a su nacimiento, que aquél suplantó". A todos les convienen estas chapas, excepto una en que

[11] Famoso pugilista.

estuve bobo, o inteligente como otros dicen. La redacté: "Aquí vive el que vive al lado de lo de Firpo". He sido asaltado. Debí poner: "Aquí vive el que vive al lado de un millonario".

El Bobo de Buenos Aires.

Señor N. N.:

Lo felicito a usted por haber sido sólo una mera alarma el incendio que relata "La Siesta" de hoy, ocurrido en un domicilio particular, que, además, felizmente no es el de usted. Uno se siente feliz al considerar que en nuestra gran ciudad no es usted el único que no tiene el domicilio en la casa que pudo empezar a incendiarse, y es llevado a pensar que si el foco del incendio proyectado hubiera radicado en el domicilio de usted, no por eso se alteraría mi placer de considerar que el número de domicilios y personas exentas del daño sería el mismo, y muy considerable.

Espero se sirva usted, acusarme recibo: durante toda la mañana he escrito esta felicitación a cada casa de Buenos Aires, y si acaso es usted, por una mala suerte de envidiable notoriedad, el ocupante de la casa a

punto de incendiarse ayer, devuélvame esta felicitación para canjeársela por una única de condolencia que he redactado, disimulando mi envidia.

El Bobo de Buenos Aires

Señor Director del difundido diario:

Le escribo apresuradamente bajo el susto que padecemos muchas personas por haber chocado dos trenes con gran violencia, y además el uno con el otro. El que venía con mayor velocidad y que naturalmente

chocó primero, tuvo la culpa, pero por la diferencia de velocidad entre cada tren el choque no siendo isócrono no fue tan intenso y muchos pasajeros del tren más lento pudieron arrojarse cuando sólo había chocado el tren más veloz.

Por contragolpe, me sobrevinieron nuevos recuerdos, que me llevaron a disertar sobre el tema de la Literatura Obligatoria. Me acordé de que yo, cuando en la juventud crédula me asomaba por allí, por la Odisea, o

la llíada, a las pocas páginas ya estaba tan atemorizado por la furia de golpes y ferreterías que en cada capítulo ocurre y hace temblar los montes vecinos, que me agachaba con tan invencible miedo como el valor de Ulises. Creía necesario atajarme de algún feroz golpe desocupado que pudiera tocarme e inclinaba tanto la cabeza que el que llegaba me encontraba dormido. Muy lejos de dormir, estaba vigilante mi espíritu para no irritarla cólera de Aquiles, atisbando la más modesta oportunidad de escapar y alejarme de tanto y tan enceguecido héroe: después confundía un poco el furor de Aquiles con el talón de Aquiles.

No he vuelto a leer una palabra de aquellas magníficas pócimas, para no desmejorar el encanto de la primera impresión, y aun ya entonces fui tan prudente que no pasé del primer capítulo. Villegas, me parece, ha conseguido leer dos capítulos enteros y traducido toda la obra tan espléndidamente y sin ahorro de fracción alguna de los pasajes siderúrgicos y atronantes, que ya después de esto no creo que haya sido escrito nunca en griego el original ni expresada en español antiguo sino en español futuro, que le es tan familiar a Villegas.

Por lo que he llegado a la desconfianza de que algún pícaro francés del siglo XIX, probablemente, inventó la candorosa narrativa de un supuesto griego de 3.000 años atrás, por travesura de artista moderno pero con cálculo descuidado del tiempo de evolución que debe transcurrir entre una factura estrepitosa como la de la Ilíada de su invención y el pianísimo decir de Remy de Gourmont: 300, al menos, y no 30 siglos han pasado.

El Bobo de Buenos Aires

Señor Director del difundido diario:

Considerando los chistes dudosos (¿Es chiste o no es chiste?) como un género superior, de mas calidad que el chiste cierto y por ello más escaso de ejemplares, como lo comprobará el que se decida a inaugurar

una colecta de ellos, propongo crear la Sección de esta especie, de la risa en duda.

Ofrezco para ella estos pocos representantes del no-en-seguidachiste, cuyo honor y signo de verdadera calidad finca en que se le sigue una pausa de la humana duda. Hecha exclusión de lo que es indigno de

duda en humorismo -las oratorias inauguralivas y aniversarias- verá usted qué pocos chistes de este alto tipo se pueden recolectar:

-Era tan feo, que aun los hombres más feos que él no lo eran tanto. -Era tan obstinado y de mal gusto que hasta un instante antes de morir, vivía.

-Al ladrón, bajo la cama: -¡Pero hombre! ¡Se ha puesto usted la cama del revés!

-El feo, recién presentado, le dice a la dama: "Señora: soy feo, es muy cierto; pero no es culpa mía; se me machacó tanto el ser previsor y disciplinado, que nunca dejara nada para el día de mañana, que no pude

apartarme de esta norma inveterada. Soy feo, es cierto, pero qué queréis, ¡no he podido dejarlo para mañana!

-Disparaba tan ligero y tanto, que de repente tuvo el susto de si no había dado la vuelta al mundo y estaba a un centímetro de embestir su espalda.

-Fueron tantos los que faltaron que si falta uno más no cabe.

-Es tan inteligente que dobla una herradura con las manos.

-Engordó tanto que parecía querer ser otro más.

-Morimos, se dice. No; es que el mundo dura poco.

-Como su padre puso a su hotel el nombre de "Gran Hotel", el hijo, poeta, subtitulaba a todo poema suyo Gran Poema. Pero no por haberlos leído transigía nadie en que el Gran Hotel fuera otra cosa que un hotelucho malo.

En fin, quiero explicarle que si no he cumplido últimamente con mi compromiso de colaboración, es porque me encuentro desde hace algún tiempo en la tarea de clasificar (o clarificar) la Realidad, o por lo menos de ordenar ciertas categorías.

El género más inmediato a la Nada que he hallado, es el de los "a-queno", o simplemente "aquenó", que estoy formando con todos aquellos

objetos, frases, entes, cosas, a cuyo funcionar o existir precede una expectativa incrédula o una incredulidad expectante, en la que hay un 80% de la irritante "gana de fracaso".

Han ingresado ya al catálogo: los irrompibles; los encendedores a nafta; la lapicera automática; los estuches de catorce herramientas; el lápiz de tinta; los nudos de no olvidar, que fracasan en el olvido de noolvidar; las extracciones sin dolor; los remedios infalibles; los sacamanchas; los paracaídas; los bastones paraguas; los seguros de revólveres, navajas y ascensores; las tapas agujereadas para hervidores de leche; los marcagotas para suprimir las del vino o té que caen infaliblemente al levantar de verter la botella o la tetera; las mnemotecnias; todas las especies de garantías para la puntualidad, la formalidad, la calvicie

tonificada, el no-perder-la-paciencia y el contenerse; los antídotos y el seguro de inofensibilidad de cada específico; los plazos de sobrevivencia; los sistemas de mutua fiscalización; el "equilibrio de poderes" y el sistema de "frenos y contrapesos"; la total familia de los "métodos" (por ejemplo el para inventar, inventando necesariamente sin método); ciertas reglas muy sabidas y nada continentes como "todo cambia" (por tanto: la opinión de que todo cambia), "no hay regla sin excepción" (salvo: la de que no hay regla sin excepción), etc.

Gana tengo de añadir aquí, aún, algo que no sé qué es, las cinco especies inclasificadas de cosas:

-Especie A: Cosas en que nadie cree, universalmente afirmadas: que los japoneses pueden comer arroz con palitos de diente y que los chinos coman nidos de golondrinas; que los romanos se afeitaran pelo por pelo y que comieran acostados.

-Especie B: Cosas que nunca se saben y todos pueden saber: si el chuño es de maíz, de patata, de mandioca o de algún producto peruano; si el whisky es de alpiste; si qué es la jalea; si el constipado es constipación de los bronquios o de otra parte; de qué es el pan de centeno; el ácido carbónico, usado en las crónicas policiales de invierno, que es anhídrido carbónico; la sal de limón; la cola de pescado; las onzas, yardas, varas, libras, millas.

-Especie C: La de las insulsas e imbéciles "cosas sin ellas": el vino sin vino o sea alcohol; el café sin cafeína; el tabaco sin nicotina; las papas fritas de nabo; los bollitos de Tarragona; los sombreros de Panamá; los "recuerdos" de Mar del Plata; la plata boliviana.

-Especie D: Las abundantes cosas que no hay: el pejerrey sin espinas; los irreemplazables; las naranjas sin semillas; las renuncias indeclinables; las rifas no postergables; el reportaje con reporteado; la improvisación de repente; los duelos a muerte; la igualdad ante la ley; el pesimismo publicado; las bebidas sin alcohol.

-Quinta especie inclasificada E; Casos del "no-es", en que ponlo menos se descansa, por la seguridad que uno tiene de que el ámbar no es ámbar y la perla no es perla. Más honrado es el nombrar las cosas por lo

que no tienen, por ejemplo: el "unto sin sal". Del faltar algo siempre se está seguro. Cualquier unto puede carecer no sólo de sal sino de la totalidad de las cosas, como toda cosa carece de todas las cosas que no son ella. Por eso parece muy moderado llamarlo "sin sal", pudiendo denominarlo sin sal, sin zapatos, sin bigotes, sin dolores de cabeza, sin gobierno, sin hijo, sin estrellas, sin feldespato, sin manganeso (estas dos últimas son las palabras-chistes por sí mismas; ¿quién no se ríe al decir "feldespato" y "manganeso"; o "intergiversable", "incontestablemente", "peroné" -ruego al lector me diga antes de reírse dónde están los hipocondrios y qué tienen que ver con la hiponcondría; nunca lo hemos sabido-, `inenarrable", "Cayetano", "antonomasia", -¿y esos débiles frasquitos de "reconstituyentes"?-, "indescifrable", etc.?

En fin, tantas cosas que aunque yo me vaya del mundo sin saberlas, me preocupa que las sepan ustedes.

El Bobo de Buenos Aires

El Bobo inteligente

No siempre el Bobo lo es: esto que sigue es de cuando la piensa. Medite el lector que un retroceso 4 6 6.000 años es la única salvación de la presente humanidad.

He tomado pasaje para ir a un país a descubrir, cuya única particularidad, pero que puede ser de gran provecho, es que sus habitantes están de vuelta de todos los inventos, uno por uno. Es cierto que el impulso recesivo no es tan grande que retornen al estadio inmediato anterior al primer invento; pero en esa paulatinidad del desandamiento, hay también un placer demorado, exquisito. Así, pásase allí de la electricidad al gas, y tras un tiempo, al petróleo; solo más tarde al brasero inautomático, y después a los hachones y teas.

Se ha intentado, en materia de puntualidad, la progresiva lentificación, de modo que el vigilante de tanto en tanto detiene por algún momento al apresurado para que no llegue antes; o el transeúnte se coloca pesos en la espalda para ir despacio y no llegar pronto. Lo que no se ha logrado simplificar es el mecanismo del registro civil; pero para responder al propósito de suprimir las enfermedades de la urgencia, se ha ensayado con éxito el alteramiento del acto del casamiento, que se efectúa en dos sesiones: primero se casa ella con él, y en otro acto él con ella; no como antes que se desposaban con premura rayana en la simultaneidad.

Usan el reloj invisible y epiléptico, que salta de hora, o que, aunque marche bien, no se lo ve, de manera que con este sistema de alteramiento de la medida visible del tiempo resulta que en el proyectado asesinato la víctima, que ha sido citada al efecto en hora y lugar, llega muchas horas antes, se aburre y se va. Ni por casualidad ocurre que una persona que ha consentido en ser asesinada por otra en tal o cual hora, tenga la paciencia de esperar a su asesino las muchas horas de equivocación que éste pueda tener y se retira afrontando el desprecio del asesino por su falta de puntualidad; por supuesto que éste, despechado, no vuelve jamás a ocuparla como víctima.

En otro lugar de este país están poniéndose apéndices a todas las personas seccionadas en apendicectomía, y aun a aquellas que conservan el original las proveen de otro, tomado de ciertos animales cuyos apéndices eran útiles al ser humano. En otros estaban ensayando el sobretodo en verano (como los polacos que conocí en Misiones: el fuego del sol les era peor directo que la traspiración bajo tal abrigo).

Se despachan todas las oficinas meteorológicas y se traen marinos viejos y campesinos viejos, que dan el pronóstico todos los días a simple miración y meditación del cielo. Todas las medicinas escasean; un poco de cataplasmas, otro de sinapismos y sangrías. Todos los remedios de la farmacia antigua se sacan con baldes del pozo de la casa: agua para la nariz, para los oídos, los ojos, la ayudación de la digestión. La gente vive hasta el grado de la impertinencia. La extracción de las muelas se hace atando un hilo a un pasador y que otra persona dé el tirón; pero hay que saber dar el tirón.

Se vuelve al brasero de carbón al que se encuentran todas las ventajas que lo superiorizan respecto al eléctrico; se vuelve a la cuerda con campana y al llamador, en lugar de la campanilla eléctrica; al arado en lugar del tractor; el termo es reemplazado por una botella de barro envuelta en trapos. Cada año la policía elige a la suerte diez presos, dándose luego por ejercida toda la función policial del año. En una peluquería se lee: "Rasurada con muela sacada o media sangría: 80 centavos"; las familias trabajan en el campo tres días al año: uno para sembrar (cereales y hortalizas), otro para arar y otro para cosechar.

Lector: si se embarca para aquí no tome boleto de regreso.

Librodot

Única elegía del Bobo de Buenos Aires

Como se horroriza un carbonero, mayormente si al mismo tiempo es el papero de la casa, de encontrar en la cocina de ésta una balanza flamante, después de haber durante años estrujado los kilos de papas y

carbones que metía semanalmente allí como marchante de toda confianza; así, aproximadamente así, quedé sumido en desolación al descubrir tu ingratitud y olvido.

A usted:

Todos portamos las canillas a nivel de muerdecuzco; y, donde mucho cuzco, andar sobre pedestales, que las estatuas ya lo saben y se han subido a quedarse, así sean mucho reídas por la valentía de los canillitas. Y el

caminar saltando, desgarbo pero seguridad, tiene cuzco invisible, como el rengueando, que es de ir una pierna por la vereda y otra por la calle, aprendido jugando de niños.

Que todo hubo explicación y así estatuas se explican por pedestales, pues, para tener esas cosas "paradas" bastaron los árboles (y no esas fealdades próceres); pero no echarles discursos a árboles, que es marchi

tarlos, pues para estar allí y quedarse hasta el fin de oratorias, las estatuas; éstas atienden al ministro, que también espera estatua; un ministro hablando a estatua es mirarse en espejo de futuro; es muestra de lo inútil pero no de lo "mal empleado", sino empleado lo vacío en lo hueco.

Hasta próximo estornudo con nuevos descubrimientos en la vertical.

(Firmado por:) ¿De qué me he resfriado hoy?

De la libreta de apuntes del Bobo

-No siempre la muerte ha sido tan último acontecer como es hoy; se usó resucitar en otros tiempos.

-Caía, en domingo, una lluvia de día martes (a veces es más de dos días la equivocación y aun puede ser de siete días, pero entonces no se nota que haya equivocación porque la lluvia equivocada cae en otro día igual; nunca sabemos, pues, si una lluvia es de jueves-hoy y no de jueves de semana anterior con siete días de equivocación; conviene pues a la lluvia meteorológica equivocarse en siete días, es mejor, no hay escándalo).

-El Dr. Dalberi cayó en enfermedad; como una consecuencia, dejó de ser rengo. Al volver a su cargo de decano de la Facultad de Derecho no lo dejaron reasumir su función por haber dejado la renguera. A pensar.

-Si el aire fuera humo no se vería el mundo, así fuera de feo. Mas como el aire es de aire hubo que hacerte lindo, mundo.

-Cuenta algo muchacho.

-Bueno, el ternero Ton se murió; el ternero negro se murió; el ternero moro se murió.

-Hombre ¿no tienes cosa más alegre que contar?

-Cómo no, tengo un cuento muy bueno: el ternero moro resucitó, el ternero negro resucitó, el ternero Ton resucitó.

-Yo lo he visto todo en el mundo, hasta el caerse una lombriz al suelo.

-Era un hombre en cuya palabra se creía tan firmemente, que sólo a él se le hubiera creído como a ningún otro si preguntado si está durmiendo hubiera contestado que sí.

-Para que se vea lo desgraciado que era aquel caballero, figúrese que una vez tropezó con un bicho colorado y se torció un pie.

-No se puede vivir de pura bobería. Por lúcida que sea hay que citar autores.

-Basta de Luis Pastuzi, el buen muchacho que divertía de bobo a los amigos, pero sabía bien, sólo le importaba que su madrina Vicenta, que se le ha muerto, y los dos se adoraban, estuviera contenta. Basta de Luisito y se disparó el tiro.

En cambio, basta de suicidios, resolvió Ernesto Poques al levantarse curado, en el hospital, del tercer balazo, de su tercer suicidio; con las sienes deshechas de tres raspaduras y horadaciones de bala: suicidarse más es darle demasiada importancia a la vida.

-Eran tiempos en que todo se podía. 1) A la puerta de la casa de esa fiesta Sebastián le dice a Francisco que se desesperaba por haberse olvidado de afeitar para el baile tan deseado de esa noche.

-No te mortifiques hombre! yo acabo de afeitarme y venía por fórmula sin ninguna gana. Te presto mi "recién afeitada" y me vuelvo a dormir-. Así se hizo. 2) La novia para quien todo su antojo tenía que ser posible: - Pero Paco, cómo estás de ridículo con el pelo que te has dejado cortar tan corto. Ahora mismo vas a que te lo corten largo-. Se hizo también.

-En reunión de amigos: Es un cuento para niños; aprovecho pues la oportunidad de contarlo, señores:

-Hermanos, se nos murió el tío tigre, díjose al zorro; ven a velarlo con nosotros, decían los chacales por encargo del tigre que sólo fingiéndose muerto esperó echarle garra y comerlo.

Dudó mucho el zorro y se acercó lejito. El bruto del tigre, viéndolo, empezó a dar endemoniados, terribles aullidos de dolor entendiendo que así correspondía representar mejor de muerto.

-No sé si todo lo que dices será histórico, pero conocí sobrino de tío tan rezongón que el pequeño sobrino llevado a ver a su tío muerto no lo creyó difunto, porque no concebía que no rezongara aunque sea de haber muerto.

-Todo de día de entre-semana cuanta con 6 pretextos para no ser domingo; estos pretextos son: lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado.

-Se exagera mucho sobre aumento de la locura: en una sala donde sólo están dos personas nunca hay más de dos locos.

-La Felicidad y la Soledad si no nos las ven no las tenemos. -Empezando a temer que me iré del mundo sin haber, en suma, dicho nada, ruego se me publique lo siguiente:

No soy yo el que notó que el mundo no parece redondo, pero sí el que ha inventado, a la fuerza, el "afeitado hirsuto", nacido del afeitado interrumpido; mejor dicho lo que he inventado es no proseguirlo después de interrupción, darle permanencia en ese estado; y quizá acierte a ponerse de moda para alivio de todos. Mi mérito es haber estudiado lo que a nadie llamó la atención: que el afeitarse es la operación más frecuentada por la interrupción; hablando elegantemente: "al afeitarse la interrupción le es asidua". Y bien, yo quito toda su infatuación a la Interrupción, que ha sido una favorita del género eterno de la Molestia, trocando su efecto en el de Conclusión, creando la equivalencia-no sé si matemática o sociológica- afeitado interrumpido: afeitado concluido. Es una victoria pacífica sobre la Inoportunidad. Es un acontecimiento del Mundo Inseguido.

IV. TEMAS DEL LIBRO QUE SE DESPIDE

Vivir disculpado

-Señores -interrumpió el inadvertido-: yo también existo; disculpádmelo; espero que no os parecerá excesivo.

-Por cierto que hemos de consentíroslo -se le contestó al del temerario existir-. Seréis presentado a cada uno si insistís en existir.

-Muy bien, pero presentadme las edades de cada uno, no los nombres.

-Sois difícil, señor. -Otro dijo:

-Complazcámosle.

-Me adelanto a decir mi edad: 77 años.

-58 yo; 49 este señor, 31 éste...

El de la furia de existir observó atentamente a cada representado y terminado el lapso de presentaciones meditó unos momentos, mientras era a su vez muy escudriñado por todas las miradas.

-Y bien -concluyó el reclamador de existencia-; sois 5 y tengo que disculparme sólo con dos.

-¿Qué ocurre, pues? -exclamaron.

-Soy un esclavo de la más estricta sociabilidad. El refinamiento del trato social es con el de la adomación personal de la mujer y las "maneras" sociales de ella y los caballeros con su esencial y sentida cordialidad y autocríticade refinada modestia y sin embargo inflexible altivez constantes, las dos más altas tomas de conciencia de hombre, lo que lo hace nozoológico; más que el Arte y la Metafísica, profeso yo que estos dos estatutos sociales (la cortesía y el atavío y modos de la mujer) son la plena toma de conciencia inzoológica, o el comienzo de la vida inzoológica, es decir de lo humano: ésta es la significante creación del Hombre, no la insignificante creación de un Adán y una Eva. En congruencia con tal credo mío debo efectuar ahora con vosotros un acto estrictísimo de lo social. Lo enfática, típicamente social impone que la mera presentación hace instantáneamente una amistad; si yo consiento en que alguien me sea presentado, al darle la mano ya soy su amigo eternamente. Como a tales amigos voy a dejar en manos de dos de vosotros, respecto de los cuales me consta por sus datos de edad y el mío que seré inevitablemente un inasistente a sus respectivos sepelios, sendas tarjetas mías. Todos saben que somos mortales. Sólo yo sé, por una ciencia cultivadísima, cuándo morirá cada uno. Así que con usted, usted y usted no hay riesgo de que yo falte a sus exequias. Pero con usted y usted les dejo mis tarjetas de condolencia; seré descortés pues no asistiré a la inhumación de sus restos, porque ya ustedes habrán asistido al sepelio de los míos.

Y saludando rápidamente se alejó.

Para mitigar perplejidad en el lector aclararé que era una máxima de este personaje que hacerse desagradable a los demás es el único camino para vivir con menos inmiscuencia de prójimo.

Prosa a timón roto en zigzag en busca de la vereda de enfrente, con un episodio de identificación de esta particular vereda y una enseñanza implícita del saber mandar y el saber ejecutar.

Al mucamo nuevo

-Y bien, si te llamas Esteban ten esta moneda y cuando pase un dentista vendiendo fósforos por las puertas le compras con estos 20 centavos (señalando el lado cara de la moneda) veinte centavos de medias del pie izquierdo. Luego te encaminas a la Casa de Música de la vereda de enfrente del Cabildo y le dejas al comerciante en seña esta cara y el canto de la moneda. Ya comprenderá que habrás gastado de los dos lados los 0,20, y le compras un piano de 0,70 fijándote bien que quepa en mi pieza por sus dimensiones. Pues vos no sabes lo que es devolver pianos. Yo tengo la experiencia de un amigo que se ha visto en este caso por la flauta que compró y tuvo que devolver.

-¿Y si compráramos una flauta para más seguridad de que el piano cabe?

-No me hables de pianos. Fue otro amigo mío el que tuvo que devolver un piano. Ya te contaré y te aseguro que ello te enseñará por lo menos a no entretenerte en devolver un piano todas las semanas.

Se marchó el mucamo y después de comprar las cucharas que no le habían encargado llegó a la calle Cabildo; con perspicacia natural diferenció la vereda de enfrente y entró como un zumbido en el comerciante de música. Trató el piano pero previno:

-Fíjese que quepa en la pieza de mi patrón porque si no habrá "Devolución de Piano" -dijo con natural palidez del rostro.

-¡Eso no! ¡eso nunca! -angustió el comerciante con una desesperación bien entendida.

-¿Adónde está ese valiente? -dijo el mucamo mirándolo convencido-. Yo ya sabía que para devolución de pianos no hay otro hombre en el mundo.

Desde entonces la amenaza o insinuación de una Devolución de Piano fue mágica fórmula de paralizar cobradores en una casa, con un amo tan indefenso que empero vino a quedar defendido como ninguno por un mucamo que con pocas explicaciones supo que lo acaecible más temido era una Devolución de Piano.

Este cuento seguiría pero no se ha podido saber más, sino que a la terminación de ese primer día díjole el patrón:

-Esteban, has acudido pronto cada vez que hoy te llamé por tu nombre y espero que procurarás no cambiarlo sin prevenirme porque muchos servidores tuve que después de dos o tres semanas de entrar a la casa habían cambiado de nombre y ya no acudían ni pronto ni tarde. Que te dure el llamarte Esteban.

La nueva preceptiva

Espécimen de continuaciones en literatura "enseguida"

Señor, ¿lo he dejado a usted sin carta? Vivo escribiéndola; voy y vengo, falto, quedo, llego, por carta; y carezco de ausencia en toda casa o local donde llegó carta mía. Además, me ocupo desde dos años sistemáticamente en intentar la total sustitución de la Cíclica (fisiología) por la Circunstancio, es decir, no creo, sin muchas restricciones, en la frecuente clasificación de cíclicas para las variantes de nuestro estado de bienestar o malestar fisiológico; hay escasas determinaciones cíclicas, pero en la inmensa mayoría de nuestros estados fisiológicos, euforias, depresiones, siempre descubre la atención circunstancias actuales provocantes. Lo cíclico con lo circunstancial están en la misma proporción que la reaparición espontánea y la reaparición excitada de las ideaciones: el 90% de los hechos de recordación son provocados por circunstancias actuales; nos olvidaríamos de todas las

pequeñas menudencias cotidianas que nos hemos propuesto hacer un minuto antes, si todo en torno de nosotros no estuviera poblado de cosas y hechos recordantes. Llamo a esto Circunstancio, o Circunstancie, palabra que invento aprovechando la genial Lección de Xul Solar, el hombre que no deja hablar mal a los idiomas, a los cuales no les restará más defecto que el de "Hablar siempre" (Xul no hubiera de morir; no es reemplazable ni repetible; es el más grácil ¡Buenos Días!, el llegado más leve, el ido que más retuviéramos, la persona-carácter que menos nos necesita y a muchos nos falta varias veces al día. Sus cortas y nunca complicantes visitas hacen pensar en el que va del pozo al jardín con regadera chica que debe continuadamente volverse a cargarla, y nos deja tocados de un poquito de aguaregateada.

Aunque nosotros tengamos en cambio el apaleable carácter de las pipas que no quieren arder, para él es lo mismo. Su alma plaudente da un asomón a nuestra existencia domicilial; nos ve y se dice: "Ahí está Ud. siempre rabiando; ¡qué bien!", aplaude y se va contento de que no hayamos cambiado de defecto. Esto es lo que le gusta.)

No basta que algo no se entienda para que tenga mucho sentido, pero lo muy claro es muy sospechoso: casi todo lo que no dijo nada se redactó perfecto. Aceptad que para pensar y escribir lo interesante y hondo descuide no poco la exposición. Xul Solar es un valor y un encanto en todo momento. Y saldréis ganando con que yo use (aunque bajo defecto de digresión) una "digresión Xul Solar", o una "digresión CíclicaCircunstancie". Cuando molesto vuestra lectura es justamente cuando os estoy diciendo o voy a decir lo mejor de mis hallazgos.

Yo tengo método para mucho, hasta para olvidar ordenadamente mi paraguas, o el cigarrillo que dejé encendido por ahí; me abstengo de olvidarlos como no sea en una localización elegida para ellos. Pero ser metódico cuando un tema expositivo me ha costado mucho pensarlo y me entusiasma poseerlo y exponerlo, es mucho para mí, debido a que estoy impaciente de estampar pronto los asertos netos, dejando su desarrollo para un momento ulterior. En cambio, si se me perdona desorden en la temática, concentraré mi esfuerzo en seleccionar una que valga la pena de lectura intrincada.

En suma que lo hasta aquí escrito y que hoy no se alargará más es un espécimen y alegato pro-literatura inseguida que reúne tres particularidades: temática de calidad, pereza de escribir y lector lánguido. Un argumento más: yo he observado, y me parece que hay ley psicológica en ello, que una melodía entreoída mientras se conversa o se come, y los personajes de novela que el autor los da sólo entrevistos dispersa y escasamente, son mejor gustados y aun retenidos en la memoria. Asi, Xul Solar y el par Cíclica-Circunstancie dudo que los olvidéis; los retendréis gustosamente, y el tema Xul Solar con una viva connotación grata, os aseguro que lo merece.

Yo soy una carrera literaria que florecía cuando el año pasado conocí para mi gran delicia pero con definitivo daño de mis progresos artísticos al más encantador, al más sedante de los ingenios de las radios de Buenos Aires: a Jesús Memoria, el poseedor de la más entonada y tranquila manera de olvidarse de lo que iba a decir y que al pasársele el "trance" de olvido retoma imperturbable el hilo de tema pero con tema de otro hilo. La perfecta congruencia del tono con que prosigue lo que no es continuación domina totalmente la impresión que pudiera hacer la discontinuidad temática. Está muy cerca, si no del todo cerca, de hacer la demostración de que 1á temática aceptiva, virtualidad exclusiva de la artística verbal, se hace enteramente insignificante cuando la entonación fonética es grande, perfecta. La prueba es que nosotros reímos intensamente cuando oímos por radio la risa de un público jubiloso aunque no hemos percibido lo que dijo o hizo el actor.

Así fue como caí en el orden disperso redactorial, en la constante de digresión.

Aquí es el boliche remendón de "La Perfecta Descompostura"

Era una oficinita pulida y breve habitada por el Orden de lo Descompuesto, cada cosa en su lugar y serenamente descompuesta. Llegaba a almorzar el artista del Rehacer, todo colgado y llenos los bolsillos y manos de su recolección matinal de cosas deshechas y con sed de tornar a su ser: cada cosilla no cabía de descomposturas y desafiaba a Paciencia a ser rehecha con menos costo y trabajo que costó hacerla nueva. Superar el Costo: éste es monstruo de la Practicidad.

Luego del almuerzo, concedámosle un sueñito al mártir de la Reposición, y luego a la Paciencia terrible del hombre enceguecido de Paciencia que no pudo nunca Entender, desdichado, que hay en el Mundo la situación de inequivalencia, y, más frecuentemente que en ningún otro caso, en el del Remendar y el Hacer Nuevo: que componer un derruido edificio, un reloj con caries, exige más trabajo y dispendio que hacer un nuevo reloj o casa.

Esta obtusidad de aquel mártir Artista concluyó en un instante de Inteligencia: el Suicidio. Vio en un relámpago que su Psique era la Descompostura más total de cuantas había manejado y esa Descompostura conciencial innata consistió en la ceguedad mental de percibir esta razonable Posibilidad de las cosas: que las Cosas pueden llegar a estado de Descompostura mayor que ellas mismas, es decir, tal completez de alteración que su existencia valga menos que cero-existencia, que su reposición sea una tentación maléfica, porque absorba más Labor y consuma más material que su creación.

Libre por un instante de la Fascinación del Remiendo, vio también graciosa, benéficamente, que su Psique Descompuesta desde el nacimiento era Inmortal y se constituiría nueva tras la muerte la próxima vez o alguna vez. El pre-suicidio fue su mejor instante. De sus manos martirizadas salían compuestas las cosas y por lo mismo su Psique cada vez más descompuesta era el Máximo de Contenido de Descompostura que había cabido en una Cosa: su alma. Por lo menos esa alma era en todo sed de la Refacción. Tan entera fue la Lucidez en su suicidio que murió poseído y deleitado del súbito conocimiento de que: toda muerte natural, sin violencia, es el retiro que practica Bios (la Vida) de un Cuerpo Vivo que ya excedió en reparaciones su costo de creación y debe ser reconducido de "Reparaciones" a "Nuevo Modelo 1944".

Una novela para nervios sólidos

Se estaba produciendo una lluvia de día domingo con completa equivocación porque estábamos en martes, día de semana seco por excelencia. Pero con todo esto no estaba sucediendo nada: la orden de huelga de sucesos se cumplía.

Sin contrariar este revuelto estado de cosas empujé hacia atrás con un movimiento decidido la silla que ocupaba, y luego de este ruido oficinesco y autoritario de 2° jefe burocrático que tiene temblándole veinte bostezantes sobresaltados, le retiré la percha al sombrero y en las mangas de éste introduje ambos brazos, di cuerda al almanaque, arranqué la hojita del día al reloj y eché carbón a la heladera, aumenté hielo a la estufa, añadí al termómetro colgado todos los termómetros que tenía guardados para combatir el frío que empezaba, y como pasaba alcanzablemente un lento tranvía di el salto hacia la vereda y caí cómodamente sentado en mi buen sillón de escritorio.

Por cierto que había mucho que pensar; los días transcurrían de un tiempo a esta parte y, sin embargo, no se aclaraba el misterio (todos ignorábamos que hubiera uno) en el puente proyectado. Primero: se nos hizo conocer un dibujo del puente tal y cómo estaban de adelantados sus trabajos antes de que nadie hubiera pensado en hacerlo existir, segundo:,

dibujo de cómo era el puente cuando alguien pensó en él; tercero: fotografía de transeúnte del puente; cuarto: ya está el primer tramo empezado. En suma: que el puente ya estaba concluído, sólo que había que hacerlo llegar a la otra orilla porque por una módica equivocación había sido dirigida su colocación de una orilla a la misma orilla.

Ahora bien, ¿por qué en el meditado discurso que el Ministro le tosió al puente por hallarse medio resfriado aquél, o éste, no estoy muy seguro, se acusó de ingratitud para con el Gobierno?

Sabido es cuánto ha sufrido la humanidad por ingratitudes de puentes. Pero en éste, ¿dónde estaba la ingratitud? En la otra orilla no puede ser, porque el puente no apuntaba hacia la otra orilla y en verdad el arduo problema del momento era torcer el río de modo que pasase por debajo del puente. Esto era lo menos que se podía molestar, y esperar, de un río que no se había tomado trabajo ninguno en el asunto puente.

("Orígenes", La Habana, 1948)

Desacierto arrepentino

Inteligente hasta cierto grado, quizás, porque yo le había explicado que si bien no de padre y madre sino sólo de padre era hermano mío una persona alta, delgada, bien vestida, con algún bigote, que vendría dentro de esa tarde. Esto le aclaré y repetí. Sin embargo, la recibió con áspero rezongo y por suerte pude intervenir en seguida y cortar una mala impresión. Algún disgusto deparan siempre los mejores perros. Yo debí abstenerme de debilitar la noción del parentesco fraterno que era lo que había que grabar en su mente, dejando pasar entera la media fraternidad del caso. "Vendrá un hermano mío, alto, delgado, etcétera" debí solo decirle.

Presentación fotográfica de los personajes

Presentamos en primer término al personaje sin nombre. Alphabeticus, pobrecito, está hecho todo de letras; los ojos eran las únicas ces que no se repiten en el abecedario; la nariz era un 7, sino que invertido, y terminaba en fin su cuerpo numeralmente en dos 1. Dígase además que en su historia todos los sucesos se habían enfilado en orden alfabético, es

decir, en el más completo desorden, hasta el punto de que había nacido mucho después de haber apedreado su primer gato y antes de empezar a ser soltero ya estaba en segundas nupcias.

(Esto es perfectamente lógico, porque dígame alguien en qué consiste el *orden* alfabético; por qué es más ordenado que esté la t posteriormente a la s y la z tan al final que a lo mejor sale en otro alfabeto.)

Su primer amor fracasó por la insoportable pedantería, como es propio del alfabeto.

Sus antecesores habían sido un pedazo de infinito y un pétalo de clavel, o un pétalo de tortuga (no está bien averiguado); fue educado esmeradamente en una azotea con gallinero que ponía huevos pero que caían a la vereda, lo que ocasionaba muchos incidentes de tintorería con los trajes que pasaban caminando por frente a la casa.

Con el severo ejemplo de las virtudes de su padre, quien jamás faltó a su palabra (hemos olvidado decir que era mudo; pero su hijo disimulaba ese defecto hablando continuamente por obra del impulso de equilibración alfabética) y de la mamá, que nació casi al mismo tiempo que él, conoció todos los méritos. Terminada la enseñanza del catálogo entero de éstos, dijo el padre sentenciosamente: "Bueno, hijo, ya sabes de qué debes siempre abstenerte"; lo que muy bien comprendido por su hijo le indujo a abstenerse de todas las virtudes.

Este imposible y absurdo Alphabeticus, el caso es que se enamoró perdidamente. Quiere decir entonces que hemos presentado al adorador de Teresina, y la "congruencia de los caracteres", imperativo de la novelística, nos harás perdonar el largo detalle que damos de su aspecto personal, su familia y estado social, y la severidad de la educación recibida.

Alphabeticus empeñó todas sus letras -o las giró- en una perdida ,pasión por Teresina. Se querían entrañablemente a pesar de que ni el padre de él ni la madre de ella se oponían despóticamente a sus amores: esto es lo que muestra la grandeza de caracteres de los personajes; jamás he visto que se empeñen en ser novios y en casarse un joven y una joven cuyos padres aguardan a no contrariarles su pasión hasta después de casados. Como esto no ha sucedido ni en las novelas ni en la vida, consta que el primer amor habido en el mundo fue el de Alphabeticus y Teresina[12]. ¿Cómo es posible que si adoro a Triptolina y nadie me dice que es horrible, que no me quiere, que es falsa, que se opondrá a que me case con ella, yo la siga queriendo?

Teresina y Alphabeticus rompieron con todas las prácticas del decoro, con todas las tradiciones (llegando ella a vivir de las ganancias de él) y se fueron a vivir en otra azotea, sin permiso de los dueños de casa. Fueron muy felices hasta cuando llovía, pero expulsados de allí se treparon en una gran higuera y continuaron su vida matrimonial apasionada.

Otra vez proseguiremos la presentación de los
restantespersonajes de esta novela,
limitándonos, como aquí, a lo fundamental.

Prosas de mareo I

Qué extraño me pareció que yo, Luciano, que era desde quince días el mucamo de faenas varias pero la más activa la de acudir a atender o a abrir la puerta a quien llamara, al volver esta noche de domingo de mi primer salida quincenal de la casa, de la que como digo era el mucamo porteril, retornando de la alegre comida con la familia de mis parientes. siempre abundante, cordial, animada y de buen vino, cosechado en la casa, sin adulteraciones que por esto nunca marea, lo aseguro, todo bien en suma lo de aquellos domingos con mis parientes; qué extraño me pareció que en aquella casa donde Luciano atendía única y prontamente a la puerta, se tardara tanto, hasta un tercer campanillazo, para ver venir desde el fondo una figura de paso lento y que ahora veo de cerca que no es Luciano.

¿Por qué no era Luciano el que me abría, aunque tardando tanto, cosa impropia de él? Comprendo perfectamente cómo era que a Luciano le abrían la puerta, ¿Pero por qué solo a mí no se la abría Luciano? No soy terco: me conformo pronto; no soy discutidor, aunque me gusta tener razón y me tomo trabajo para demostrar que yo tengo razón. Yo comprendo que era Luciano a quien le abrían la puerta por la razón de que ya se sabe que había salido y tenía que volver, ¿Pero por qué a grandes y chicos, a señores y a humildes siempre era Luciano quien les abría la puerta, y no a mí, ahora?

¿Los compañeros de servicio de la casa se habrían combinado para - contrariarme, o alguno de ellos porque suele quedar resentido a causa de que le discuto siempre cuando yo tengo razón? También en casa de mis parientes me parece que las muchachas alguna vez

[12] Debemos asimismo informar desde ahora que Alphabeticus tenía un amigo a quien no conocía, que se dedicaba a sorber lo inenarrable, y también una prima hermana que al tropezar con un suspiro se había caído exánime sin alcanzar a mesarse los cabellos.

hayan de divertirse conmigo, pero si me encuentran algo que les divierte es sin menosprecio y pronto vuelven a respetarme. Ahora aquí ya es ofensa; la persona a quien se confía abrir la puerta no me la mandan, sino una cualquiera: estoy seguro de que Luciano mañana no les dejará pasar esto de reemplazarlo por otro para atender a la puerta. Me conformo, pues, y sigo a la mucama Luisa caminando tras ella luego de cerrar yo, Luciano, la puerta.

II

Me parece que María y yo hemos salido algo confundidos de la visita y diversión de este domingo.

Ahora lo que no me acuerdo bien es qué es lo que le dije, y además lo peor es que no sé si ella me oyó cuando dijo que para dudas mejor es quedar soltera. Quiere decir entonces que acaso yo le dije que yo no sabía

si estaba enamorado de ella o no. ¿Fue ella o yo quien dijo: ¿Aquí está Luciano? Yo no acostumbro a darme importancia diciendo: "Aquí está Luciano", aunque sé lo que valgo allí y cómo me distinguen. Pero pudiera ser que yo lo haya dicho. Aunque me parece que María no lo oyó. Si lo oyó, debe haber pensado que yo no era el Luciano de antes, modesto, prudente. ¿Por qué no pensó María mas bien que yo no podía haber dicho eso? Esto para el caso de que ella haya oído y de que lo haya dicho. A lo mejor se le ocurrió a ella que yo lo había dicho. O bien lo dije y no me oyó o bien me oyó.

Papeles de Buenos Aires, 1943

Para terminar pidiendo

Soy algo bajo; y hubiera deseado o bien una adición a mi estatura de una mitad de una "otorrinolaringología", o bien haber alcanzado naturalmente a la talla de cuatro enteras otorrinolaringologías añadidas verticalmente.